



UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES
FACULTAD DE COMUNICACIÓN Y LETRAS
ESCUELA DE PERIODISMO

PIEDRA ROJA:

La historia tras el “Woodstock” chileno

ANTONIO JOSÉ DÍAZ OLIVA

Tesina para optar al grado de Licenciado en Comunicación Social

Profesor Guía: Patricio Cuevas Figueroa

Santiago, Chile

2008

Calificaciones

El investigador utilizó una mirada anecdótica y cándida, basándose en el testimonio e interpretación de los protagonistas de la historia, todo atravesado por la singular mirada que los medios escritos tuvieron del hecho. El punto de partida de este fenómeno tiene que ver con un hecho que es calificado de mito, del cual se sabe muy poco y que, por lo mismo, adquiere una estatura extraña tanto en su localización como en su impacto como fenómeno noticioso.

Así, el investigador se comporta con excesiva mesura, casi predisponiendo el texto desde la primera palabra a la idea de que nuestro Woodstock fue un capricho juvenil que significó más la reproducción del prejuicio medial y de las conductas azarosas de un puñado de jóvenes. Por la misma ruta, no se ignora en ningún momento el contexto social y político que atravesaba el país. El investigador, de hecho, lo usa a su favor, para establecer la estatura del hecho, con sus consecuencias vergonzosas así como también sus actos heroicos y casuales. Sabe bien quiénes son los protagonistas y ellos hablan a la luz de los años, casi con la misma nostalgia con la que el lector se va entusiasmando.

La cadena de hechos, los personajes involucrados y la forma como las autoridades enfrentaron a una espontánea manifestación, algo confusa, de jóvenes que estaban en busca de imitar algo, muestra un resultado algo triste por lo pequeño, pero enorme a la vez en términos de la precisión. El investigador usa para ello una pluma sobria y correcta, no exenta de cierta ironía y sentido del humor, construyendo contextualmente una ventana sorprendentemente real y próxima del hecho: es, finalmente, una crónica inquietante sobre el prejuicio y el entusiasmo de ese tiempo. Si bien posee pocos errores estilísticos, el documento logra algo que pocas veces sucede en este tipo de instancias: entretener. Por todo lo anterior, califico la tesina de Díaz Oliva con nota 6,0 (seis coma cero).

PROFESOR GUIA: Patricio Cuevas F.

Santiago, diciembre 22 de 2008

Dedicado a mis padres (Miguel Díaz Gacitúa y Pilar Oliva Ureta), quienes me enseñaron que la contracultura empieza por casa.

Agradecimientos

Al resto de mi familia, amigos y cercanos.

A todos quienes –de una u otra manera– me ayudaron en esta investigación.

Por último: a Andrea Pino. Gracias por todo.

Resumen

El objetivo de esta tesina fue ser un testimonio detallado del festival realizado en octubre de 1970 y que hoy se conoce como Piedra Roja. Las razones, los personajes, las bandas que tocaron (y las que no alcanzaron), los desmanes, la cobertura mediática corresponden asimismo al testimonio sobre el conocido evento juvenil que en esta investigación se describió.

En cuanto a las principales conclusiones luego de hacer la investigación se puede enumerar que, en primer lugar, el festival de Piedra Roja se ha convertido en un mito del cual pocas certezas se tienen y muchas imprecisiones abundan. En segundo que aquella mitificación se debe –en gran parte– a la cobertura que hicieron los medios de comunicación los días posteriores (con artículos desinformados y hasta irresponsables en muchos casos). En tercer lugar que musicalmente no hubo aporte alguno debido a las precarias condiciones en que se realizó (a diferencia de otros encuentros donde sí sucedieron cosas interesantes desde el lado artístico). Y, por último, que Piedra Roja fue simbólico ya que significó un lugar de encuentro para la juventud, dejando a ésta al descubierto para el resto de la sociedad de 1970.

La obtención de estos resultados fue a través de entrevistas con algunos de los músicos que estuvieron, los organizadores, determinados asistentes y un par de especialistas de rock para reafirmar algunas ideas y conceptos; una ardua recopilación de documentos periodísticos; y la revisión del escaso (pero valioso) material cinematográfico y fotográfico disponible.

Índice

Calificaciones	2
Dedicatoria	3
Agradecimientos	4
Resumen	5
Índice	6
Introducción: Más mítico que festivo	7
Una generación proto-hippie	10
Preparativos para la fiesta	15
Primer día: Domingo 11	23
Segundo día: Lunes 12	32
Tercer día: Martes 13	41
¿Dónde estabas tú?	48
Epílogo:	56
Bibliografía	58
Glosario de bandas	61
Anexos	63

Introducción: Más mítico que festivo

Fue hace 35 años cuando el periodista y escritor Joaquín Edwards Bello expuso en uno de sus libros que Chile era un país mitómano. “Poseemos una enorme capacidad para demoler los hechos verídicos y cubrir el lugar con una pátina de leyenda, de magia, de ultratumba”, dijo en la entrevista que abre su volumen de crónicas *Mitópolis* (1973, p.5).

El festival que se llevó a cabo los días 11, 12, 13 y de octubre en Los Domínicos en 1970 (y que terminaría con el nombre de Piedra Roja) no escapa a ese síntoma. Porque mucho de lo que se comenta y se sabe hoy corresponde más que nada a recuerdos difusos. O simplemente hechos que no sucedieron, pero que –con los años- se han agregado al imaginario colectivo de la sociedad chilena.

Por eso la presente investigación se planteó como objetivo principal ser un testimonio minucioso sobre Piedra Roja como un hito de la juventud nacional. Primero a través de un capítulo en que se contextualiza el estado de aquella misma juventud a comienzos de los años 70; luego con relatos periodísticos que siguen un orden cronológico de cómo se fue desarrollando tanto en lo musical como en lo social el festival; y, para terminar, con las consecuencias que tuvo el evento.

Las intenciones de los organizadores al querer realizar una festividad de esta naturaleza; una breve descripción sociológica de los jóvenes de fines de los años 60 y comienzos de los 70; un mapeo del movimiento hippie en Chile (si es que se puede hablar de tal); y qué tipo de cobertura le dieron los medios de comunicación, son los objetivos específicos que, en las siguientes páginas, se ahondarán.

Y pese a que para muchos Piedra Roja se considera un hecho significativo, en cuanto a investigaciones o documentos sobre el tema la información disponible actualmente es bastante pobre y contradictoria. Chile muchas veces peca al ser un país con una memoria frágil. Un país en el cual sucesos como Piedra Roja quedan en la descripción de mitomanía que Edwards Bello acuñó. Por esto mismo –y a punto de cumplir 30 años desde la

realización del festival, además de la próxima celebración del bicentenario como país- parece el momento oportuno para escarbar en este momento simbólico y hacer una retrospectiva.

En la siguiente tesina se intentará detallar lo que muchos han llamado un “Woodstock a la chilena”. Esto con el fin de que las futuras generaciones de chilenos estén al tanto de lo sucedido los días 11, 12 y 13 de octubre de 1970 en la comuna de Las Condes.

Javier venía llegando de vacaciones con una pinta harto inflamable. Traía el pelo largo y crespito, un cintillo a lo indio, pantalón verde con lagartijas blancas y en lugar de camisa, una cadena de lavatorio de la que colgaba una estrella de mar que se enredaba en unos pelos colorines que le habían salido en el pecho. En lugar de zapatos sus patas gordas y casposas se agrandaban silenciosas en el suelo y cada uña de los dedos del pie tenía pegado un caracol de algún color cataclíptico.

Papelucho: Mi hermano hippie (Marcela Paz, 1974, p.7)

Una generación proto-hippie

El verano de 1970 muchos jóvenes santiaguinos no volvieron a sus casas. Varios prefirieron, en vez de regresar al colegio o a la universidad, quedarse en las playas de Viña del Mar. Al igual que el hermano mayor de Papelucho (quien se convirtió en hippie luego de sus vacaciones), los que sí volvieron, lo hicieron de una manera diferente. Porque bastantes jóvenes chilenos tuvieron un cambio radical en su estilo de vida a fines de los 60 y comienzos de los 70.

Ahí estaban los hitos mundiales de la contracultura: el verano del amor en San Francisco en 67; el París de mayo del 68; y, por supuesto, *Woodstock* en 1969. Todos momentos que recorrían el mundo a través de los medios de comunicación. Señales del nuevo papel que tomaban los jóvenes en la sociedad moderna.

Lo mismo sucedía en la música: desde los The Beatles quienes se fueron haciendo cada vez más sicodélicos en sus discos y probaron varias veces drogas duras, hasta Pink Floyd o The Doors. Estas últimas bandas con la sicodelia y la experimentación como sus principales bastiones.

Aquellos grupos, también, eran los que se pasaban de mano en mano en Providencia (Coppelia y Drugstore) o en las juntas del Parque Forestal. Ambos lugares como los epicentros de esta nueva juventud En Santiago. Esto ya que en Chile, pese a la distancia de las principales capitales mundiales, de a poco el mismo fenómeno contracultural se iba forjando. Si a principios de los 60 la juventud criolla se movía al ritmo de la Nueva Ola, luego con grupos como Los Vidrios Quebrados, Los Beat 4 o Los Jockers el panorama fue cambiando. Las guitarras eran cada vez más distorsionadas y las letras se volvían más contestatarias. Y las ropas y los cabellos, también iban creciendo y coloreándose con los tiempos.

En cuanto a los grupos de jóvenes que quedaron varados en las costas, algo que se puede constatar en la revisión de diarios de la época. Ya que las autoridades viñamarinas, al ver cómo estos jóvenes se multiplicaban, pusieron un plan de contingencia.

De esta manera lo informaba *La Tercera* (domingo 11 de octubre 1970, p.10): “Una campaña destinada a eliminar de las playas viñamarinas a numerosos vagos que se autodenominan hippies inició la Municipalidad de Viña del Mar”.

Las escasas notas en que se usa la palabra hippie hacia fines de los 60 y comienzos de los 70, se relacionaban directamente con desmanes o problemas de drogas. Además de acusarles, a estos jóvenes de pelo largo, de ser unos meros “imitadores” de una moda norteamericana. Una nota de *El Mercurio de Valparaíso* (viernes 9 de octubre de 1970, p.11) que lleva por título *Hippies invaden playas de viña* lo confirma: “(...) son vagos que pretenden ser hippies, los que cometen todo tipo de actos groseros entre su grupo o con los concurrentes a dichos lugares”.

Para una sociedad como la chilena, tener pelo largo y vestir con muchos colores no era visto con buenos ojos por aquellos años. La cobertura de esta tendencia por parte de la prensa –como ya se verá en el caso de Piedra Roja-, es casi siempre desde la crónica roja o hechos delictivos. Pocas veces desde la sección de tendencias o de la parte musical.

Fue a mediados de 1970. Salvador Allende era elegido presidente y Chile se posicionaba como el primer país en tener un mandatario socialista elegido por la vía democrática. El mundo, a esas alturas, estaba dividido entre Estados Unidos y la Unión Soviética. O entre capitalismo y comunismo. Y las consecuencias de esa división ya eran visibles en nuestro país: el Frente Nacional Patria y Libertad ponía insertos en *El Mercurio* de Santiago y Valparaíso en los que se podía leer mensajes como el que sigue: “Chile jamás caerá en manos del marxismo internacional, mientras existan patriotas dispuestos a impedirlo (...)”

(domingo 4 octubre 1970, P. 19). A la vez que el periódico *El Clarín* resumía su posición frente al acontecer nacional con el eslogan: “*¡Firme junto al pueblo!*”.

Políticamente el país comenzaba una polarización que desembocaría en el Golpe Militar del once de septiembre de 1973. Dentro de ese contexto altamente político se vieron los primeros jóvenes chilenos que se interesaron por el movimiento hippie. Muchos de ellos intentando buscar una tercera vía de pensamiento y vida dentro de las otras dos tendencias.

Como todo movimiento que llega desde afuera, la versión de hipismo que hubo acá no era calcada de lo que sucedía en Estados Unidos. A diferencia del país norteamericano donde la coyuntura de Vietnam hacía al movimiento hippie tomar una postura más políticamente activa, en Chile el movimiento se quedó muchas veces en una esquina más pasiva.

Varios de estos jóvenes que se enganchaban con los nuevos aires venían de familias de derecha y burguesas, pero no seguían aquellas directrices. Y si bien algunos flirtearon con la izquierda, la gran mayoría permaneció ajena a la Unidad Popular ya que escuchar bandas de rock desde Estados Unidos era considerado un acto “imperialista”. Eduardo Gatti (guitarrista de Los Blops) recuerda: “Tanto la derecha como la izquierda; tanto *El Mercurio* como *El Clarín* atacaban a los hippies. Daba lo mismo”.

Dejando de lado lo musical, gran ayuda para la formación de los hippies en Chile fueron las películas *Woodstock* y *Busco mi destino*, en las que se trataba esta nueva generación de jóvenes y las cuales se podían ver en un par de cines nacionales.

“Yo había visto *Busco mi destino* o la misma cinta *Woodstock* y un montón de cosas que había sobre ese festival. Ahí aprendí sobre los hippies. También había un programa de Juan Miguel Sepúlveda o el mismo Pirincho, donde se mostraban imágenes y cosas de grupos y la gente. Con esos elementos se fue formando esto de los hippies”, dice Juan Álvarez guitarrista del entonces grupo roquero Lágrima Seca.

Eduardo Gatti: “Sí, vi las dos. *Woodstock* me gustó mucho. Y *Busco mi destino* era fuerte, como casi paranoica. Pero fueron películas importantes para el movimiento”.

Para el coleccionista de rock y posterior asistente a Piedra Roja Hugo Chávez Smith, no sólo la música llamaba la atención en la cinta *Woodstock*: “Lo que más me impresionó en la película -a parte de las canciones y de toda esta gente bonita que salía- era la ropa teñida. Por ejemplo: como sale John Sebastian¹ y la ropa con colores de Joe Cocker. Sí, la actuación de Joe Cocker fue increíble. Pero al ver la polera con que sale, uno quedaba como ‘wow qué es esto’”.

Otra de las características era la vida en comunidad. Por esos años, tempranamente se estaba experimentando en algunos círculos. “Yo tenía 21 años recién cumplidos y con Los Blops ya estábamos viviendo en comunidad para esa fecha”, rememora Eduardo Gatti, quien junto sus compañeros de banda vivían en la emblemática la Manchufela².

Los Jaivas, asimismo, también llevaban un tiempo en comunidad. Y otros grupos, como algunos miembros de Lágrima Seca, vivían en todos juntos en casonas del centro de Santiago.

Eduardo Parra (tecladista y percusionista de Los Jaivas): “Estábamos en la calle Paul Harris, en una casa. Éramos mi familia que consistía en mi señora y mi hija mayor y el ‘Gato’ (Alquinta) quien vivía con su señora y sus dos primeros hijos: Ankatu y Eloy. Todos los niños eran guaguas, ninguno tenía más de un año. En cierta medida, Paul Harris fue el comienzo de nuestra comunidad, la cual duraría unos quince años aproximadamente”.

Para Eduardo Gatti –quien venía llegando de un largo periplo por Inglaterra y otros países- la realidad del hippie criollo difería de lo que sucedía en el resto del mundo: “Tenía una experiencia en Europa que me ayudaba a hacer la diferencia entre lo que pasaba acá y allá.

¹ Cantautor estadounidense y miembro de la banda The Lovin Spoonful. Fue uno de los músicos que más destacó en el festival de *Woodstock*.

² Comunidad donde vivieron Los Blops por tres años ubicada en Avenida Ossa, La Reina.

Vi a grupos como Pink Floyd, Procol Harum o al Ginger Baker³. Pero lo más importante, viví un poco con toda esta onda hippie pero allá. Y era muy distinto a lo de acá”.

Inglaterra, también, fue el lugar de residencia de Juan Gómez Ainslie por un tiempo. Este personaje, quien había llegado a Chile en 1965, veía algo defraudado lo que pasaba en el país con los adolescentes. “Yo estudié en Inglaterra en los 60. Así que imagínate: vi nacer a los Beatles en Liverpool y al llegar a Chile me encontré con una juventud más bien cartucha, reprimida, con muchos hijitos de papi”, comenta.

A comienzo de los setenta, este estudiante de 19 años aún cursaba segundo medio en el Liceo N°11 ubicado en Las Condes. Por aquel tiempo -con miras al viaje de estudios del próximo año- en su clase se debatía cómo juntar dinero. Hubo varias ideas que se anotaron en el pizarrón de la sala. Entre ellas, hacer un encuentro de música al aire libre.

Roberto Cherit, uno de los alumnos de esa clase, recuerda: “Se pusieron varios temas en la hora de consejo de curso. Y uno era hacer un festival de rock. Fue el más votado.”

³ Baterista del trío de rock psicodélico y experimental inglés Cream.

Preparativos para la fiesta

Era septiembre de 1970 y en los cines Rex y Las Condes la película *Woodstock: 3 Days of Peace & Music* estaba en cartelera. Los diarios nacionales publicitaban la cinta de dicho festival en el cual se protestaba contra la guerra de Vietnam. Con presentaciones de The Who, Bob Dylan, Joan Baez, Santana y Jimi Hendrix se reunieron 500.000 personas bajo, justamente, el lema de “tres días de paz, amor y música”.

El plan de Jorge Gómez Ainslie y de sus compañeros del Liceo N°11 era, en parte, emular aquel evento norteamericano en alguna zona de Santiago. “La idea era juntar un grupo indeterminado de personas de diferentes tendencias sociales, políticas y religiosas todos con un solo fin: escuchar música gratis”, comenta.

A este joven de 19 años quien había vivido un tiempo en Inglaterra, le interesaba canalizar lo que sucedía por esos años. “Se juntó tanto lo de hacer un *Woodstock* criollo, como tener un lugar de reunión para la juventud de la época. Además había factores políticos: las universidades en Europa estaban en huelga, en Estados Unidos había mucha protesta por Vietnam y en Chile se había elegido un gobierno socialista”, asegura Gómez Ainslie.

De la misma manera, la realización de este evento tenía fines prácticos: juntar el dinero para irse de viaje de estudios con sus compañeros del Liceo N°11. En ese grupo estaban Andrés Lewin y Roberto Cherit, entre otros estudiantes que rondaban los 16 años de edad. Todos alumnos del mencionado establecimiento educacional ubicado en Las Condes.

Roberto Cherit: “En vez de hacer un bingo o esas típicas cosas que uno hace para ganar dinero y poder ir de viaje de estudios, hicimos este festival. Con unos pocos colegios invitados y eso era. Y pensamos que no iba a llegar nadie. O sea nosotros y unos pocos más”.

Los organizadores, entonces, no eran exactamente hippies. Y dejando de lado a Gómez Ainslie, tampoco alcanzaban la mayoría de edad: “En esa época ni siquiera teníamos el pelo

largo. Apenas una chasquillita porque estábamos en el colegio, así que nos mandaban de vuelta para la casa”, dice Lewin.

El plan de hacer un festival para ganar dinero fue el más votado del curso. Muchos aportaron con ideas y posibles contactos que podrían servir. “Estaba el apoyo de Jorge Gómez quien sí se la creyó y pensó podía hacer esto. Conocía el dueño del fundo por el lado de la familia”, comenta Cherit.

Si bien hubo soporte de los compañeros de curso de Gómez Ainslie, la mayor parte de la gestión se la llevó él: “La organización en sí es producto de mi trabajo. Los permisos, las entrevistas, lo de Carabineros de Chile, la Intendencia Metropolitana y la Municipalidad de Las Condes, todo lo hice solito”, asegura.

El primer punto a solucionar para el evento fue ¿dónde hacerlo?

Tomando obviamente la idea de que se realizara al aire libre, Gómez Ainslie se dirigió a la mansión de Luis Rosselot (millonario empresario que gustaba de la crianza de caballos) con quien su familia tenía vínculos. Su plan era conseguir la autorización para usar el fundo de Rosselot. Un fundo que llevaba por nombre la Hacienda Apoquindo y que se ubicaba en la falda precordillerana de la comuna de Las Condes. Todo esto en el sector conocido como Los Domínicos.

En la cita entre Gómez Ainslie y el magnate (llevada a cabo en los últimos días de septiembre), el joven de 19 años contó que su plan era hacer un festival de música juvenil. Pensado en el evento como una típica competencia de canciones tipo festival Viña del Mar, Rosselot accedió de buena gana. De todas maneras, se pidió un cheque en garantía por cualquier eventual problema, el cual fue facilitado por la familia de Gómez Ainslie.

Antes de terminar la reunión, el estudiante le pidió al empresario que lo ayudase con una carta de recomendación. ¿El fin? Pedir el permiso en la Municipalidad de Las Condes.

De la misma manera, Gómez Ainslie se encargó del aspecto económico del festival. Tanto en lo técnico como en la parte del negocio: “Todos los ‘apoyos’ los obtuve yo solo y con cheques dejados en garantía”, recuerda. Se contactó con *Coca-Cola* quienes se comprometieron a darles quioscos y abastecimiento para la venta de refrescos. De ahí, se supone, saldrían las ganancias para el fondo del viaje de estudios. Al igual que con el campo, con la empresa de gaseosa se tuvo que dejar un cheque en garantía.

Andrés Lewin: “*Fanta, Coca-Cola y Sprite*. Esos eran nuestros auspiciadores. Además piensa que no había agua, así que se vendía harto. Eran botellas de estas chicas y se tenía que dejar por el envase. Y cuando devolvían las botellas, se les devolvía la plata”.

Jorge Gómez Ainslie: “*Coca-Cola* puso tres casetas de bebidas llenas con jabs de madera para la venta. También pusieron la tarima -o sea el escenario-, y un toldo arriba”.

Por último en cuanto a los cables, Gómez Ainslie se acercó a *Chilectra* y consiguió los implementos necesarios para poder realizar la parte musical del evento. “Ellos (*Chilectra*) hicieron el empalme de luz, tres kilómetros de tendido. También se dejó un cheque por eso”, rememora. Por último se dispuso de las fechas; los días 11, 12 y 13 de octubre quedaron marcados en el calendario para la realización del festival.

En cuanto a la promoción del evento fue más bien escasa. Se pusieron afiches en Las Condes informando con algunos pocos datos. Andrés Lewin recuerda: “Pegamos unas cuantas cosas a mimeógrafo. Nos conseguimos el mimeógrafo en el colegio, hicimos los estencils y los pusimos”. Los lugares escogidos para la promoción fueron los Liceos 14 y 15. Además de los colegios del barrio alto, como por ejemplo el Nido de Águilas o el Greyhouse.

También Gómez Ainslie y otros de los encargados acudieron a diarios y radios. Pero la respuesta (ya que probablemente se pensó que era otro inofensivo festival juvenil más de los tantos que se hacían por esos días) no fue significativa. El único medio de

comunicación escrito que informó fue *La Tercera*. Ahí, en una nota publicada el mismo 11 de octubre (1970, p.10), se menciona a Ignacio, Michel y Giovanni como “tres miembros de la comisión organizadora”. Y con el siguiente párrafo inicial el artículo da cuenta de lo que pasaría: “Un festival de música beat y soul, al estilo del que presenta la película *Woodstock*, que se exhibe en algunos cines de la capital, organizan los hippies chilenos del Parque Forestal”.

En cuanto a si Ignacio, Michel y Giovanni pertenecían al grupo que organizaba el evento, explica Gómez Ainslie: “Efectivamente ellos están dentro de lo que se podría denominar ‘colaboradores’. Como también tantos personajes y compañeros míticos de la época: El ‘Gitano’; El ‘Loco Cartulo’; El Pancho Correa; El ‘Tamba’ y otros amigos y compañeros”.

Lo importante de la nota de *La Tercera*, es que desde este momento comienza la desinformada cobertura por parte de los medios de comunicación nacionales. Para empezar se le adjudica la organización a “un adolescente que estuvo los tres días de festival en *Woodstock*, Estados Unidos, pero no se atrevió a realizar antes algo parecido”, cuando la idea nació de Gómez Ainslie y sus compañeros de liceo. Ninguno de ellos asistió, por cierto, al festival norteamericano.

También se informa equívocamente que la única exigencia para las bandas “es que interpreten temas originales” y así mismo se anuncia erróneamente del nombre de los conjuntos⁴: Lágrima Seca sale escrito como “Laguna seca”; Los Jaivas como “Los High Back” y Los Blops como “The Blops”. Por último, se incluye a Quilapayún dentro de la grilla de grupos que se presentarían. Algo que los mismos músicos de aquella banda desmentirían días más tarde con un comunicado de prensa.

El artículo de *La Tercera* finaliza con el tal Giovanni hablando: “Trataremos que todo sea casi igual que en la película. Creemos que no tendremos problemas con la gente, ya que somos todos pacíficos”.

⁴ Para una breve reseña bibliográfica sobre los conjuntos que tocaron (y no) en el Festival de Los Domínicos, al final de esta tesina se ha agregado un *Glosario de Bandas* con información más detallada de los grupos y sus integrantes. Esto con el fin de no entorpecer la narración con una abundancia de datos y nombres.

Y se corona con una frase del periodista en la cual ya se vislumbra la posición que tomarían los medios de comunicación frente al festival: “Habrá que esperar entonces cuál será la reacción de los vecinos del sector por esta idea de los hippies chilenos”.

Aguturbia, Los Blops, Los Jaivas, Lágrima Seca, entre otros grupos menos conocidos fueron los invitados a ser parte de este festival que los organizadores tildaron como el Festival de Los Domínicos. Todas las bandas habían sido comunicadas semanas antes del 11 de octubre, recalando la gratitud del evento. Con el fin, esto último, de mantener el espíritu de camaradería de las tres jornadas que se llevarían a cabo.

Denise (vocalista de Aguturbia): “A nuestro manager de la época le dijeron ‘oye se va a hacer este festival en tal parte y queremos que ustedes toquen’. Y él dijo ‘ok, listo’. No fue nada más organizado. Fue una tocata más de las tantas que teníamos en ese año (1970) que hubo unas mucho mejores, por lo demás, como en el Teatro Marcoleta”.

Eduardo Parra (tecladista y percusionista de Los Jaivas): “De los nombres no recuerdo ni uno, pero llegaron a nuestra casa dos de los organizadores. Ellos nos invitaron a participar de este festival que pretendía ser un encuentro de unos tres días. Nosotros aceptamos y quedó hecho el pacto para que tocáramos”.

Juan Álvarez era guitarrista de la banda Lágrima Seca en esos tiempos y tenía 14 años. Junto con el resto de la banda, solía juntarse en el Parque Forestal. Un día, ciertos individuos -desconocidos- se les acercaron. “Nos dijeron ‘oye saben que Los Jaivas van a hacer un concierto arriba en Las Condes’ y nos explicaron más o menos de qué iba el asunto. Porque en ese tiempo toda la info se manejaba así, ya que no había tecnología ni nada”, cuenta.

“¿Quieren tocar ustedes?”, les preguntaron. Álvarez se miró con el resto de los integrantes y soltaron un “Ya poh” para confirmar la presentación de Lágrima Seca. “Nosotros encantados, al tiro. En esa época íbamos a todas las tocatas”, recuerda.

Por aquel tiempo estéticamente la Hacienda Apoquindo era el típico paisaje circundante a la Cordillera de los Andes. Con muchos litres y espinos, el lugar quedaba a la intemperie del sol y no había demasiados árboles donde resguardarse del calor de la tarde. Si a ese paisaje, le agregamos que el festival se realizó a mediados de octubre, tenemos una combinación de clima: por las mañanas algo de brisa de las alturas, un calor en la tarde y, ya en la noche, un leve frío.

“Me acuerdo de que era en unos cerros. En Los Domínicos que, en ese tiempo, claro, no había nada de nada. Y que eran cerros con espinos, un tipo de flora de precordillera, o sea medio árido. Y, al fondo, se veía la Cordillera de los Andes. Pero eso era: un descampado. Ni siquiera era un potrero. Más bien una cuestión con unas colinas por aquí y por allá y eso”, recuerda Eduardo Gatti.

Si bien el fundo se llamaba Hacienda Apoquindo, el sector donde se iba a realizar el festival tenía otro nombre: “El área donde se desarrollaría el evento se llamaba ‘Piedra Rajada’”, cuenta Gómez Ainslie. En la mencionada primera nota sobre el festival que publicó *La Tercera* el 11 de octubre, ya se comete el error de cambiar el nombre a la locación: “Hoy a las once de la mañana se inicia la presentación de los conjuntos en un gran escenario montado especialmente para la ocasión en la calle Piedra Roja de Los Domínicos”.

Andrés Lewin: “El lugar quedaba en Piedra Rajada. Y el nombre se lo da justamente una piedra que estaba partida al medio. Pero la prensa lo bautizó como ‘Piedra Roja’. Y así quedó para la posteridad aunque se llamaba el Festival de Los Domínicos”.

Debido a que el fundo se encontraba en las alturas de la capital y el transporte dejaba varias cuadras más abajo, ciertamente uno de los impedimentos era la dificultad para llegar.

Loreto Salas, una de las asistentes, era por entonces pareja de uno de los miembros de la banda Lágrima Seca. Estos la habían invitado al evento: “Teníamos una ‘burra’, así se

llamaba a unos esos antiguos de la época. Y la ‘burra’ era bastante sicodélica porque la habíamos pintado con hartos colores por fuera. Entonces esa mañana, la del primer día, nos subimos todos y partimos. Fuimos en auto porque era bastante arriba”, rememora.

Andrés Lewin: “Había unas micros verdes que llegaban hasta abajo, una rotonda en el camino de El Alba. Y ahí partías a caminar un par de kilómetros. En subida”.

La respuesta de la juventud chilena a este encuentro no tardaría: gracias a un ‘voz a voz’ que corrió rápidamente, un día antes del inicio los primeros asistentes llegaron. “Lo que pasa es que se corrió la bola a niveles de Drugstore y el Coppelia. Y el rumor era que se iba a hacer un festival arriba, cerca de la cordillera. Además ya estaban funcionando las tocatas en el Marconi, ya se conocían los grupos; Los Jaivas, por ejemplo, tenían algo de fama”, dice Hugo Chávez Smith quien era parte de los grupos que se juntaban en Providencia.

Para asombro de Gómez Ainslie y los otros realizadores, quienes llevaban un buen tiempo en el fundo, el 10 de octubre ya había gente en el lugar. “Nosotros nos fuimos antes para organizar y para tener todo listo. Para armar el escenario y los quioscos de bebidas. Y bajamos hartos después que terminó el festival, varios días después”, recuerda Cherit.

Muchos de los asistentes traían carpas y pretendían, al igual que los hippies que salían en la cinta de *Woodstock*, quedarse los tres días de festival. “En algún momento calculábamos que cierta gente podía llegar el día antes, pero tal vez no en las cantidades que lo hicieron”, dice Lewin.

La noche anterior al inicio oficial del festival, ya se vislumbraban las primeras fogatas de la muchedumbre que –tempranamente- había decidido apersonarse por el fundo ubicado en Los

Domínicos. La mayoría eran los mismos de siempre; los jóvenes de pelo largo que frecuentaban el Parque Forestal, el Coppelia o las tocatas en el Teatro Marcoleta.

En medio de las fogatas, incluso algunos de los anticipados asistentes aprovecharon de sacar guitarras acústicas para iniciar el festejo. “Cada uno hacía su fogata donde podía. En general en todas las noches del festival quedaba bastante menos gente, porque muchos iban sólo por el día. Pero sí, en las noches había guitarreo, tamborileo y hasta ‘flauteo’ por todos lados”, rememora Lewin.

A la siguiente mañana, el 11 de octubre, el Festival de Los Domínicos comenzaba oficialmente su primera jornada.

Primer día: Domingo 11

Si la sorpresa era que varios jóvenes arribaron un día antes del inicio, el asombro fue superior cuando las hordas y hordas de cabezas aparecieron la primera jornada del evento. “Esperábamos unos, no sé, mil o mil quinientos. (...) Y llegaron como diez mil, quince mil o más. En verdad nunca supe cuánta gente fue”, dice Andrés Lewin. Por su parte, Eduardo Parra (Los Jaivas) recuerda, a lo menos en el primer día, menos concurrencia: “Igual había bastante gente para esos tiempos. Pero seguramente se habrán reunido unas dos mil personas”.

Una de las medidas que habían tomado los organizadores era tener encargados para resguardar por la seguridad. Esto con el fin de que todo se desarrollara de la mejor manera y, así, poder juntar el dinero para el viaje de curso.

Andrés Lewin: “Sí, estábamos con unas bandas en el brazo: éramos los ‘guardias de paz’, ja, ja, ja”. Tanto el mismo Lewin como Roberto Cherit y otros compañeros, cumplían aquella función de vigilantes. A medida que fue avanzando la primera jornada la iniciativa no perseveró. Especialmente al ver que la asistencia de público al festival, superaba cualquier expectativa y posible control.

De seis por cuatro metros. Aquellas eran las medidas del escenario del Festival de Los Domínicos de ancho. Y de alto apenas algo más de metro y medio. Eso más un toldo con el cual se resguardaban los instrumentos del sol y los parlantes que fuesen parte del equipo de sonido. Tanto el toldo como el mismo escenario habían sido proveídos por *Coca-Cola* con el cheque en garantía que había dejado Gómez Ainslie.

Hugo Chávez Smith: “Era una tarima ubicada con los músicos de frente a la Cordillera de los Andes. El público estaba al medio, dándole la espalda a la cordillera. Y la entrada a Piedra Roja estaba detrás, a un costado del escenario. Desde donde estaba el camino. El resto era todo peladero, una cosa increíble”.

En cuanto a la amplificación, los equipos fueron conseguidos con amigos y cercanos. A diferencia del *Woodstock* estadounidense, acá nunca hubo una mesa de sonido ni menos parlantes para, por ejemplo, el bombo de la batería.

Andrés Lewin: “Sonaba despacio porque los equipos no eran profesionales. Eran los que tenían unos compadres amigos en sus casas; onda el amplificador de la guitarra y del bajo. La batería al aire libre y un par de micrófonos para los que cantaban”.

Eduardo Gatti: “Instalamos los equipos, me acuerdo, y sonaban horribles. Además que la fuente de la electricidad estaba como tres kilómetros más abajo. Y yo tenía un regulador de voltaje que marcaba el voltaje, y había como 150 voltios. Entonces sonaba pésimo; sonaba muy mal. No había ni siquiera un equipo de amplificación general; estaba la guitarra en un canal y otro para el resto de los instrumentos. Imagínate eso con el voltaje y lo precario de todo”.

Otro de los elementos que resaltaba a la vista en el predio era una gran carpa colorinche en medio del seco paisaje. Un elemento más parecido al techo de un circo popular, que un tenderete hecho para acampar. “Era un paracaídas y estaba como a cien metros del escenario; ahí dormía Jorge (Gómez Ainslie) y otros de los organizadores”, dice Lewin.

Uno de los tantos registros fotográficos de la época⁵ lo confirma: se puede apreciar un paracaídas que –con un palo cruzado desde abajo hacia arriba- servía de refugio en las

⁵ El registro que se menciona acá pertenece a una serie de fotos que el chileno-estadounidense Michael Lowry sacó en el festival. Aquella foto de la carpa-paracaídas y otras, están disponibles en su flickr: http://www.flickr.com/photos/paul_lowry/.

noches. Según Lewin “probablemente el paracaídas se lo habría conseguido un compañero de curso que su padre era de las Fuerzas Armadas. Pero igual Jorge (Gómez Ainslie) puede que recuerde más”. Consultado sobre el paracaídas, Gómez Ainslie tampoco está seguro del dueño: “Mmm, no sé, creo que podría haber sido traído por algún gringo”, dice.

Al igual que la amplificación, la iluminación propuesta para cuando la noche acaeciese no resaltaba por su profesionalidad: “Me acuerdo que había unos tarros con leche *Nido* que eran las luces”, cuenta Gatti.

Juan Álvarez: “El escenario era chiquitísimo. Y estaba lleno de gente alrededor. Cuando nosotros llegamos había una banda tocando, pero nada profesional. Más leseo; tocando blues y cambiando de instrumentos. Varios nos subimos e improvisábamos, nos cambiábamos los instrumentos a cada rato, así que era un despelote”.

Andrés Lewin: “Sí, el escenario era chico. Una tarimita. Además de que hubo momentos con y sin toldo en el escenario. Pero no sé si lo robaron o qué pasó”.

En esta primera jornada, lo que sucedió arriba del escenario hasta bien entrada la tarde era improvisación musical por parte de varias personas. Gente que se subía a hacer *jams* y experimentaciones con los instrumentos eléctricos. Además de bongós y panderetas traídos por espectadores. Lo que pasaba estaba lejos de ser el orden musical de una banda tras otra que se vio en el *Woodstock* estadounidense. Esto ya que, los grupos que estaban anunciados en el itinerario, no comenzaron hasta un par de horas antes de que el sol empezó a esconderse tras la Cordillera de los Andes. Principalmente por el molesto calor que impedía tocar a mediodía y que obligaba esperar una brisa fresca o la baja de temperatura.

La primera de las presentaciones, según Juan Álvarez, fue de la banda Los Ripios: “Recuerdo que Los Jaivas no habían llegado. Hasta que en un momento dado, ya cuando estaba bajando el sol, alguien de la organización -o alguien de Los Jaivas- dijo que ya había que empezar a organizar la cosa y había que comenzar a tocar. Y ahí tocaron Los Ripios,

quienes tenían temas de Santana en su repertorio. Había un guitarrista de Los Sonny's⁶, creo, que estaba en Los Ripios. Pero no recuerdo mucho de ellos”.

Lewin, por su parte, dice que: “Estaba medio denso (en clima) el ambiente y no eran las condiciones para tocar: o había mucho sol; o había mucha gente; o había muchos cortes de luz. Porque la luz, en un minuto, se cortó definitivamente. Pero antes tuvimos varios cortes reiterados. Y teníamos que ir y reponer. Hasta que en un momento nos partieron los cables de una y se acabó”.

Otro de los que tocó la primera jornada fue el connotado bajista Enrique Luna. De descendencia peruana, este músico se hizo conocido en los 60 y 70 en Chile bajo el apodo de “El Gordo Luna”. La única memoria clara sobre “El Gordo” Luna es de Gómez Ainslie: “Hay muchas imágenes que recuerdo del festival, como la del El Gordo Luna tocando la canción “Una blanca palidez”⁷ a la salida del sol en la cordillera”.

Lewin también confirma su participación: “Sí, él estuvo. Eso sí no recuerdo con quién habrá tocado. Y lo que pasa es que Luna era un músico de estudio. Más de conservatorio en la onda jazzista. Luego de vivir en Chile se fue a Estados Unidos y Europa”.

Entonces fue el momento en que Lágrima Seca salió a escena. Esta vez por más tiempo y de manera más extendida. Ya que, en cuanto a dicha agrupación, Lewin recuerda que “tocaron mucho tiempo y subieron hartas veces de nuevo a lo largo del día. Eran como el relleno que había permanente entre banda y banda”. Así que esta vez, era su performance oficial.

⁶ Los Sonny's fueron una banda nacional que funcionó de 1967 a 1970. Tuvieron tres discos en los cuales mostraron una mezcla de pop y sicodelia llegando a tener una buena recepción. Entre sus filas, estuvo Raúl Alarcón más tarde conocido como Florcita Motuda.

⁷ “Una blanca palidez” es la traducción del exitoso tema “A whiter shade of pale” del quinteto inglés Procol Harum. En los años 60 varios grupos roqueros tocaron versiones en castellano.

Juan Álvarez: “Interpretamos algo de Jimi Hendrix, lo de *Woodstock*...el “Purple Haze”. Tocamos qué se yo... no me acuerdo de los nombres de los temas, pero varios eran de Cream⁸”.

Fue en medio de la presentación cuando una cuerda de la guitarra que Álvarez manejaba se rompió. Un tipo que estaba cerca del escenario le dijo: “Pásala, yo te la cambio”. Álvarez accedió a la vez que recibía un instrumento de repuesto gracias otra persona. Acto seguido, continuó con el resto de la canción que venía interpretando. “Y noté que mi guitarra iba de mano en mano pasando hasta que nunca más la vi. Ja, ja, ja”, recuerda.

Ya cuando se acercaban a la hora, Lágrima Seca finalizó su repertorio: “Cerramos con otro tema de Cream que tocábamos. Uno que duraba veinticinco minutos. Porque nosotros le dábamos mucho más a ese tipo de canciones largas, ya que eran nuestro ‘fuerte’ en esos años. Con un solo de batería, de guitarra, de bajo, en fin. Bien largo. Y sí, con esa canción terminamos”.

A eso de las seis de la tarde, Los Blops se subieron a tocar.

Recuerda Eduardo Gatti: “El escenario era un chiste. Era una tarima como del porte de la parte de atrás de un camión. Como de esos camiones harineros que llevan sacos”.

La incursión de Los Blops en el Festival de Los Domínicos fue, por decirlo menos, fugaz. “Creo que tocamos dos o tres canciones y listo. Nos fuimos. Apagamos nuestras cosas y nos subimos a una citroneta”, dice Gatti quien también rememora que en un momento “la gente se puso a tirar botellas al aire y les llegaba a otros en la cabeza”.

⁸ Banda inglesa famosa por su experimentación y un notable virtuosismo por parte de sus integrantes. Activos en los años 1966 y 1968, entre sus miembros estaban Eric Clapton a la guitarra y Ginger Baker en la batería.

El único aspecto que resaltó en cuanto a lo técnico e instrumental de todas las presentaciones, fue un órgano *Hammond*. Aunque muchos se lo adjudican a Los Jaivas, Andrés Lewin desmiente aquello: “Yo diría que era de Los Blops el órgano. Los Jaivas nunca tuvieron un *Hammond*”.

En tanto, Juan Álvarez se lo otorga a Los Ripios: “A ellos (Los Ripios) los temas les sonaban bien... dentro de todo, claro. Recuerdo que tenían un órgano *Hammond* y que el “Loco” Mario tocaba la batería y sonaba bastante bien”.

Pero en dos fotografías de los registros de la época⁹ en que sale dicho instrumento, es posible distinguir a Víctor Rivera, un tecladista que subía para hacer *jams* con otros músicos. En la primera de las imágenes sale en proceso de instalación del piano y, en la segunda, en plena presentación presionando las teclas. “Víctor Rivera fue sin duda el mejor organista de esa época. Tocaba un *Hammond* con amplificador *Leslie* que es el mismo que usaban Procol Harum y John Lord de Deep Purple”, recuerda Gatti.

Antes de que se subieran al vehículo de vuelta a la ciudad, Los Blops tuvieron que socorrer a un joven. “Sí, antes atendimos a un cabro que se le había pasado la mano con anfetaminas. Estaba entre verde y blanco el pobre”. Debido a que había quioscos con bebidas, también otro de los productos que había eran helados, los cuales fueron empleados por Gatti y el resto de Los Blops para ayudar al joven: “Pensábamos que la leche ayudaba a suavizar, digamos, el efecto de la anfetamina. Entonces le enchufábamos a este pobre cabro helados *Cremino* por la boca sin parar”, asegura el guitarrista.

En cuanto a las drogas, Gómez Ainslie dice: “Hubo de todo. Pero nunca vi excesos más allá del típico voladito que consumía más de lo que su cuerpo resistía. Tampoco hubo muertes y nadie terminó en la posta. Eso sí muchos padres se llevaron de las mechas a sus hijos”.

Más allá de la ayuda que tuvieron que proporcionar, Gatti asegura que el ambiente era más bien relajado: “Mientras nosotros estuvimos no pasó nada. Estuvo relativamente calmado.

⁹ Ambas foto también perteneciente a la serie del chileno-estadounidense Michael Lowry disponible en su flickr.

Pero sé que luego hubo muchos problemas. Además como era gratuito, se llenó y se llenó. Y llegaron lumpen y varios a husmear”.

Fue durante la breve presentación de Los Blops. El grupo Aguaturbia había sido invitado a participar y, ya pasadas las seis de la tarde, arribaron a la Hacienda Apoquindo. A esas horas, la gran cantidad de gente ya dejaba claro la desorganización que se tomaba de a poco al Festival de Los Domínicos.

Carlos Corales (guitarrista y pareja de la vocalista Denise): “Nosotros llegamos allá y había un despelote. Creo que estaba Eduardo Gatti en escena o por salir. Y había un escenario y mirabas el cuento y unos chicos tocando bongó y no sé, era un atado. Costaba bajar a los tipos para que empezaran los grupos, así que no había ninguna organización. Entonces nos viramos y seguramente luego se viraron los organizadores también. No sé. Porque era un desorden”.

Denise: “Pusimos los instrumentos en una camioneta y subimos el camino hasta Los Domínicos Llegamos y no había nada. Un despelote más o menos grande. Onda gente tocando tambores con guitarras acústicas. O sea harto guitarreo de fogata, ya que más tarde se hacían fogatas y se formaba esa onda bien de playa que a nosotros no nos gustaba para nada. Porque éramos un grupo enchufado, más roquero”.

Luego de estar un par de horas, firmar algunos autógrafos y saludar una que otra persona, Aguaturbia bajó a Santiago en la misma camioneta que los trajo al predio ubicado en Los Domínicos.

Sin duda que el plato fuerte de la noche fueron Los Jaivas. Banda que ya tenía cierta fama para la época. Aunque en el Festival de Los Domínicos más que un repertorio, el show que

presentaron fue un *jam* de larga duración. Porque –cabe recordar- hacia 1970 Los Jaivas estaban en una etapa de transición; habían pasado desde su época de camisas y corbatas en que tocaban en cenas o galas, hasta la veta de rock y raíces latinoamericanas que los hizo famosos.

Eduardo Parra (teclado y percusiones): “Tocamos solamente improvisaciones que era nuestro estilo en ese momento. Estábamos en plena época libertaria y esa presentación fue una de las tantas que cumplimos en aquella época. De todas maneras, habíamos acordado con la organización que terminando de tocar nos debían llevar de vuelta a nuestra casa. Y eso fue lo que se hizo”.

Juan Álvarez: “Los Jaivas llevarían tocando mucho más que una hora, ya una gran cantidad de temas hasta que en un momento dado el loco que cortaba la luz (y que ya la había cortado en la tarde), la cortó de nuevo y ahí no llegó más”.

“Igual sucedía algo bien divertido, porque la iluminación era con tarros de leche *Nido*. Entonces, creo que cuando tocaban Los Jaivas, se veía algo bastante raro con esas luces. Algo súper precario: tarros de lata con una ampolleta dentro”, dice Lewin. Luego agrega sobre el repertorio de Los Jaivas: “En esa época estaban en la etapa de experimentación. Así que no tenían ‘canciones’. Igual ellos llevaban sus propios instrumentos. O sea Gabriel (Parra) ya en ese tiempo tenía bastante grande su batería”.

Eran aproximadamente pasadas las nueve de la tarde y luego de una extenuante tocata de casi dos horas de Los Jaivas, se acabó la música en el Festival de Los Domínicos.

Al igual que en la primera noche, y ya terminadas las actividades musicales, las fogatas se multiplicaron en los diversos grupos que colmaban la Hacienda de Apoquindo. El guitarreo, asimismo, se repitió.

Juan Álvarez: “Se empezó a prender todo el sector con fogatas y, como en *Woodstock*, agarraban piedras y hacían cantos, así como *eeeeee* (canta típica melodía de concierto). Porque resultaba que ya, la locura de los pitos y qué se yo, había afectado”.

Andrés Lewin: “Incluso algunos con la peineta hacían sus armónicas. Pero lo que recuerdo es que la noche era -para nosotros de la organización-, el momento más agradable. Ya que gran parte de la gente que se ve en el día, en la noche esa gente se iba. Era como un circular de personas que venía y se retiraba. Así que en las noches podíamos ir detrás de ‘las palomitas’”.

Encargado de uno de los quiscos para la venta de refrescos, Andrés Lewin aprovechaba las noches para relacionarse más con los asistentes al festival y disfrutar del ambiente. A diferencia de Gómez Ainslie -quien dormía en la carpa-paracaídas-, Lewin alojaba en la misma caseta de *Coca-Cola*, la cual estaba más arriba, subiendo hacia la cordillera, desde donde se situaba el escenario. Su modo de levantarse al día siguiente, era bastante peculiar: “En la caseta despertaba cuando empezaba a sentir ruidos. Piensa que nadie andaba con despertador ni reloj. Así que eso fue hasta que me robaron el quisco, pero los días anteriores abría cuando sentía el primer tipo se ponía a golpear para comprar”, cuenta Lewin.

Jorge Gómez Ainslie: “Hay muchas imágenes que tengo muy grabadas, especialmente cuando comenzó a llegar la gente más ‘bonita’, digamos. O sea las ‘palomitas blancas’. Además de los grupos que venían en familia, hasta con niños. Había guitarreos en la noche con fogatas cada veinte metros y hasta gente reencontrándose en medio de esas fogatas”.

Hugo Chávez Smith: “Hicimos unas fogata pero -te lo juro- increíble. Una de cinco metros de diámetro. Empezamos de a poco y llegó más gente y le tiramos más y más espinos. Después uno cruzaba el fuego. Iba corriendo desde un costado hasta el otro. Ese era el tipo de entretención que había en Piedra Roja”.

Segundo día: Lunes 12

“Soy feliz aquí, vete”. Aquella fue la respuesta de Cecilia al ver a su madre de rodillas. Anegada en llantos, la progenitora de esta chica de 20 años le imploraba que se fueran del lugar. Pero su hija no quería. Prefería seguir disfrutando del distendido ambiente de la tarde del domingo 11 de octubre en Las Condes.

Como tantas otras jóvenes santiaguinas, Cecilia había asistido al Festival de Los Domínicos más que nada por curiosidad. Ahí, al rato de ver tocar algunas bandas, conoció a uno de los variados hippies criollos que se paseaban libremente por el predio. Más tarde y luego de charlar un rato, el joven la invitó a pasar el resto del día en su carpa. Hasta que, en medio de la tarde, la madre junto con el hermano de Cecilia vinieron desde las calles santiaguinas a buscarla. Y entre forcejeos y gritos, Cecilia dejó en claro que nada se podía hacer con su decisión: “Vete, no quiero nada contigo”, le espetó a su progenitora.

Esa sería una de las tantas noticias con que los chilenos amanecieron la mañana del 12 de octubre. *El Mercurio* (1970, p.17, p.20) informaba sobre el festival a través del caso de Cecilia y el joven que la invitó a su carpa. Un joven que -en términos del diario- era un “corruptor de menores” fichado por la policía y que “en ese momento hacía ostentación de su condición de tal”.

Siempre desde la moral de la época, el artículo termina refiriendo el caso de Cecilia de la siguiente manera:

La madre contó a nuestro diario que su hija se había iniciado en la marihuana hace dos años, en el liceo. ‘Los chicos fuman en los baños –dijo la madre, entre sollozos’. Y nos relató que entre su hija y su padre no hay diálogo y sí muchos problemas que nacieron cuando ella tuvo su primer pololo. Precisamente en este caso (ir a buscar a la hija a Piedra Roja), el padre se quedó en casa y no fue personalmente a enfrentar a su hija.

Si bien la prensa ya había informado brevemente sobre lo que iba a suceder (la nota de *La Tercera* en que Nacho, Giovanni y Michel promocionan el evento), es este día cuando los medios de comunicación cobran una especial importancia. Una importancia para la trascendencia y tergiversación del Festival de Los Domínicos en la historia popular de Chile. Porque, sin duda, fue gracias a la prensa, en gran parte, que Piedra Roja comienza a forjarse como un mito. Las informaciones a medias, incompletas o simplemente inexistente, que entregan la mayoría de los diarios, ayudaron totalmente a inflar o confundir sobre el evento realizado en Las Condes. Además de hacer de gancho para que la concurrencia siguiera creciendo en el segundo día.

Hugo Chávez Smith: “En un momento empezó a llegar gente de afuera, que no era de los círculos del Coppelia o el Forestal. Porque se corría la voz, en los barrios. Onda los tipos que salían les preguntaban dónde vas y ahí otros se enteraban. Así se supo, además de la prensa, claro”.

Otro de los supuestos asistentes, le contó a *El Mercurio* -en la misma nota mencionada arriba- sobre cómo se desvirtuó el festival en un momento:

Todo estuvo perfecto, hasta que llegó una pandilla de delincuentes. No me importa que me hayan robado mi mochila y mi saco de dormir. Lo que más siento y lo digo, realmente, es la pérdida de la bolsa con ‘marihuana’. Para mí las cosas materiales –añadió-, son más fáciles de conseguirse que lo que me hace sentir realmente lo que soy y que es el ‘pito’.

El joven, identificado como P. H. M. de 17 años, asistió con la idea de que experimentaría lo mismo que había visto en la película *Woodstock*. Pero, opina en la nota, no fue tan así: “Desgraciadamente el lema de ‘Paz y Amor’ y que es el signo de nosotros no se cumplió. Por el contrario fue deformado y se transformó en un verdadero prostíbulo, donde no faltaron el vino ni las niñas de vida airada”.

¿Qué era esto del festival de ‘Piedra Roja’?, ¿quiénes son estos hippies?, ¿es cierto consumen droga?, ¿o son meros imitadores de lo que pasa en Estados Unidos? Aquellas son algunas de las preguntas que muchos se habrán hecho el lunes 12 de octubre. Los hippies, hasta antes de Piedra Roja, eran un movimiento que se podía ver de vez en cuando en el Coppelía y el Parque Forestal. Un nicho que iba a tocatas y que se pasaban los discos de mano en mano. Pero que más allá de eso, no trascendían.

Hugo Chávez Smith: “Piedra Roja fue como un picnic multitudinario. Fue la primera vez que llegaron todos con sacos y carpas, algunas preciosas como la del paracaídas. Y entonces uno entraba a esas carpas y estaban tus amigos, estaban los tipos de las bandas. Prácticamente todo el mundo que fue se conocía”.

Hacia 1970, públicamente los hippies no eran una subcultura significativa dentro del país. Por lo menos no al nivel masivo de Estados Unidos u otros países que tuvieron una corriente contracultural ya consolidada en esas mismas fechas. Por eso, con la avalancha de noticias sobre el Festival de Los Domínicos, un efecto de todo esto fue que la opinión pública pusiera su atención en este nuevo grupo de jóvenes chilenos.

Otro de los medios que cubrió el hecho (esta vez desde la izquierda) fue el periódico *El Clarín*. “*La cosa es en Los Domínicos*” es el título con que informa el lunes 12 de octubre (1970, p.7). Y luego se puede leer una frase que evidencia las críticas de gran parte de la izquierda: “Festival de pijes disfrazados de hippies: ‘vuelan’ como locos”. Esto porque los acusaban de ser receptores de una moda creada en la cuna del capitalismo: Estados Unidos. Tomando aquello en cuenta, una buena facción de la izquierda claramente no aceptaba los gustos de la juventud por grupos anglosajones. Menos que cantaran en inglés y tocaran ruidosas guitarras eléctricas. Todo eso estaba bastante lejos de la trova folklórica que, con guitarra de palo y cantada en castellano, los representaba. “Nos odiaban los de derecha y los de izquierda. Por los dos lados nos disparaban”, comenta Lewin.

Eduardo Parra (Los Jaivas): “En todo caso, creo que *El Clarín* fue suave y puro, porque hubo otros medios que fueron realmente insidiosos y mal intencionados”.

El último párrafo de la nota que publicó *El Clarín*, es una muestra del descontento de la izquierda con los hippies criollos. A quienes encuentran unos calcos vacíos de los ‘verdaderos’ precursores de esta tendencia:

Finalmente, cabe destacar que estos hippies inventados que se reúnen en Santiago tienen una diferencia fundamental con los hippies verdaderos. Se bañan. Usan desodorantes de esos que no abandonan, por ningún motivo, a media tarde. Además tienen algo hueco el mate. A los hippies verdaderos, como se sabe, les gusta decir cosas, aunque sean cabezas de pescado.

Con la cobertura de estos dos medios, queda al descubierto cómo eran recibidos los hippies por la sociedad. En un país altamente dividido entre la dicotomía comunismo-capitalismo, tanto la derecha como la izquierda los atacaban. Los primeros, por ser parte de una juventud decadente y que intentaba emular lo que sucedía en otros países desarrollados. Mientras que los segundos, por ser seguidores de una tendencia nacida en Estados Unidos.

De vuelta a la Hacienda Apoquindo, ya de poco el Festival de Los Domínicos se convertía en el festival de Piedra Roja. En gran parte por los artículos como los de *El Mercurio* o *El Clarín*. Gracias a aquellos medios, también, muchos jóvenes subieron hasta Las Condes para ver con sus propios ojos qué es lo que acontecía. “Lo que pasa es que hubo tanta prensa que obviamente la gente empezó a ir”, comenta Lewin.

En todo caso, los organizadores no tenían idea de lo que sucedía en la ciudad. En especial porque muchos de ellos habían subido días antes de que empezara el Festival de Los Domínicos y bajarían una semana después. “Estábamos arriba, aislados, así que no sabíamos nada de lo que pasaba. Tampoco entendíamos por qué estaba llegando tanta gente”, recuerda Cherit.

Hugo Chávez Smith: “Empezó a correrse el rumor sobre el festival en Santiago y los papás comenzaron a reclamar. Fueron a investigaciones, a alegar que sus hijas no llegaban a sus casas. Y por eso todo salió en los diarios. De ahí que la connotación en la prensa fuera que se habían arrancado unas niñas y que había quedado la escoba”.

Juan Álvarez y el resto de los miembros de Lágrima Seca, a diferencia de los otros grupos que tocaron y se fueron, permaneció en el predio de Los Domínicos. La noche del sábado 11 de octubre, luego de una intensos guitarreos frente a las fogatas, descansó donde pudo recogerse.

Juan Álvarez: “Nos quedamos dormidos cerca de los equipos. Hasta que en un momento dado, en la mañana, como que sentimos un motor. A lo lejos. Y yo pensaba que era un furgón o algo así. Nos levantamos y ya no había nada, no había gente ni fogata. Sólo habían unos carabineros que estaban como custodiando el escenario y los instrumentos que quedaban de las otras bandas”.

De repente vio aparecer un jeep *land rover* en medio del predio. Álvarez se fijó que era de *El Mercurio*, ya que adentro había algunos periodistas y fotógrafos. Luego de los desmanes de la tarde anterior y ya vaticinando que el Festival de Los Domínicos había concluido antes de lo estipulado, le pidieron a los reporteros si les podían dar un aventón.

Juan Álvarez: “Y ahí nos trajeron. Ya no estaba el tipo de la camioneta, el que nos había traído a la ida. Además el camino era largo, larguísimo. Vimos el jeep, hablamos con los tipos y echamos las cosas como pudimos. Nos dejaron en la casa de Jaime (baterista) que vivía acá en La Reina y que era como lo más cerca de Las Condes”.

El momento no se sabe con exactitud. Pero sí que, en alguna instancia del segundo día del evento, aparecieron algunos caballos en los alrededores. Cabe recordar que el dueño del fundo (Luis Rosselot) era un empresario que se movía en el área del hipódromo. Por esto mismo, el hecho de ver aquellos animales no era una rareza. Aunque, de todas maneras, un aspecto que resaltaba a la vista en medio de la precordillera.

“Bueno, este era un campo; la Hacienda Apoquindo. Así que había muchos caballos y vacas y gallinas. Pero no en el área donde se realizó el festival”, asegura Gómez Ainslie. Pero lo cierto es que -gracias al ya mencionado registro fotográfico de Michael Lowry- se puede confirmar que sí hubo algunos caballos dando vueltas. En una de las fotografías se ve uno de los animales junto con varios jóvenes a los costados. Aquella imagen, asimismo, ha ayudado a Roberto Cherit para verificar algo que, todos estos años, nunca pudo: “En un momento llegaron unos caballos de no sé dónde. Yo, luego, contaba eso y nadie me creía. Nadie. Hasta que los vimos en unas fotos hace poco y ahora me creen. Pero deben haber sido del fundo me parece”.

En otro de los registros de Lowry se ve, entre la concurrencia, a una mujer anciana. Claramente la imagen destaca dentro de la abundante juventud nacional: vestida de negro, con canas y acostada sobre un chal en medio del paisaje precordillerano. “Sí, es una viejita. Y está feliz la señora. Media abrigada, porque igual piensa era octubre. Así que no hacía tanto calor”, comenta entre risas Cherit.

Al igual que la anciana que tomaba sol sobre un chal, uno de los personajes que se recuerda es un mulato con afro quien se paseaba por el sector de Piedra Rajada. Este joven (que podría haber estado perfectamente en *Woodstock*) resaltaba tanto por su cabellera, como por sus estrafalarias ropas para la época. “Era hijo del embajador de República Dominicana en Chile. Y apareció con una polera llena de colores y la cagó. Todos quedamos con la boca abierta. Además de que era mulato y tenía el pelo afro, así que imagínate”, recuerda Chávez Smith.

La música se intentó restaurar varias veces a lo largo del segundo día, pero debido a los boicots de anónimos nunca se pudo llegar a una continuidad. Muchas veces, la siguiente duda asaltó a los organizadores: ¿quiénes eran los responsables de los cortes de electricidad?

Andrés Lewin: “Hay varias teorías. El MIR, Patria y Libertad pueden haber sido. No sé (...). Entonces ¿quién hizo el boicot? Demás que hasta los pacos”. Cherit, por su parte, agrega: “No sé, hasta gente del gobierno, porque ya estábamos en la UP”.

De todas maneras, los boicots al sonido no eran algo nuevo. Habían empezado la primera jornada. Y repetidas veces se sucedieron. En especial, para la presentación de Los Jaivas, en la cual se cortó la electricidad reiteradas ocasiones: “Nosotros buscábamos dónde estaba la pana de luz. Y de eso me acuerdo clarito: yo encontré los cables, los que habían cortado con hacha. Estaban enrollados y separados entre medio de los espinos. Además de que los habían cortado en varios pedazos”, asegura Lewin,

De esta manera lo recuerda Eduardo Parra (Los Jaivas): “El asunto de los cables era jodido porque muchas veces se cortó la electricidad. Creo yo que era porque alguien pisaba los cables y se desconectaba el precario sistema de aquellos tiempos. Aunque al final se optó por enterrarlos”.

Desde este momento en adelante, el Festival de Los Domínicos sería grupos de jóvenes repartidos a lo largo del predio Piedra Rajada. Algunos descansando en el poco pasto que había, muchos capeando el calor en las carpas y otros en grupos siguiendo el guitarreo con unos pocos instrumentos de palo, flautas y bongós.

Hugo Chávez Smith: “Arriba del escenario la mayor parte del tiempo no había nada: unos tipos con unos tambores tocando todo el rato. Era como estar en la amazona con el mismo

ritmo todo el rato. Lo que es la música de las bandas, que sonaba pésimo, fue el primer día y no más”.

Indudablemente en cuanto a lo musical, el gran fuerte sucedió en la primera jornada. Si es que en algún momento hubo una continuidad en el evento, también, esto fue en el domingo 11. Ahí la atención estaba sobre el escenario. Pero ahora, sin un centro de convocatoria, hubo un desorden general. A diferencia del *Woodstock*, Piedra Roja se fue desarrollando de manera mucho más caótica. Para Chávez lo que sucedía en Las Condes era “más que nada estar dentro de las carpas, fumar muchos, muchos pitos. Para algunos tomar lisérgicos, caminar por los alrededores y hacer fogata. Y de repente uno hacía su propia música, los que andaban con armónica o flauta”, comenta.

A eso hay que sumarle los padres que iban a buscar a sus hijos y los carabineros que de a poco veían lo que pasaba. “Yo diría que más que nada, el lunes que fue el día conflictivo. Con los padres yendo a buscar a los hijos y todo eso. Y ahí, además, subieron los carabineros e investigaciones. Pero nada violento”, explica Roberto Cherit.

Hugo Chávez Smith: “Veías a los padres, yendo de grupo en grupo, preguntando: ‘oye hay visto a la tanto’ y uno: ‘no tío, si por allá anda’. O: ‘si la vi ayer en tal parte’”.

La segunda jornada es cuando se produjeron robos y uno que otro acto delictivo. De los cuales, sin ir más lejos, los propios organizadores fueron víctimas: varias de las casetas donde se vendía *Coca-Cola* fueron saqueadas. De esta manera no sólo se perdió el dinero que se tenía en cajas, sino también los envases vacíos y llenos. “Lo que pasa es que llegó toda la gente del Parque Forestal. Y luego mucho lumpen, también. Algunos hasta botaron las rejas del fundo”, dice Lewin.

Aquella noche, la del segundo día oficial del festival, Andrés Lewin se quedó dormido en la caseta de gaseosas que atendía por el día. A su lado, una “palomita” le hacía de compañía hasta que algo sucedió.

Andrés Lewin: “De repente, en la noche, nos despertamos cagados de frío. Y abro los ojos y veo las estrellas. No veo ni quiosco ni nada. Menos cajas de bebidas. Y el quiosco estaba como cinco metros más allá. Lo habían levantado, corrido y se habían llevado todas las bebidas. Así que el día siguiente estuvimos recorriendo todo el campo, buscando los embases, porque obviamente había cheques en garantía y qué sé yo. Todos puestos por la familia de Jorge”.

Si bien carabineros habían aparecido por el sector, todavía no habían detenido el evento oficialmente (lo harían el martes 13 con un parte a Gómez Ainslie). Como conclusión, se puede decir que el Festival de Los Domínicos finalizaba oficialmente el lunes 12 de octubre. Además de que la música ya no se podía desarrollar, los periodistas en busca de la noticia polémica estorbaban en el plan de paz y amor que se pretendía. Por eso no era de extrañar que, hacia el martes 13, los principales matutinos siguieran con informaciones sobre lo que estaba sucediendo en el festival. Un festival que, a esas alturas, ya se había tergiversado e inmortalizado bajo el nombre de Piedra Roja.

Tercer día: Martes 13

Hacia el martes 13 de octubre, ya poca actividad sucedía en Los Domínicos. Lo que los medios de comunicación habían tildado como el festival de “Piedra Roja”, no alcanzó a llegar a su tercera jornada oficial. La idea de juntar dinero, tampoco iba muy bien. Esto ya que los quioscos de *Coca-Cola* habían sido saqueados y, por lo menos dos de ellos, arrastrados por los mismos ladrones. Las botellas también habían sido robadas, perdiéndose con eso todo el capital recaudado hasta el momento. Gómez Ainslie y otros jóvenes comenzaron a recolectar dinero entre los asistentes para poder recuperar algo de las pérdidas.

Jorge Gómez Ainslie: “Puse cuatro veces una caja de donaciones voluntarias para paliar los robos. Tres veces, algunos de los ‘colaboradores’ se las llevaron. Con lo recaudado de la cuarta caja se pagaron todos los daños. Ahí pude recuperar los cheques que tenía en garantía. Como verás, hubo colaboradores y de los otros también”.

El escenario tampoco estaba en un buen estado: los cables raídos y partidos en distintas secciones y el toldo con la inscripción *Coca-Cola-Sprite-Fanta* que alguna vez se vio, desapareció de la noche a la mañana. Pese a los alarmes de la prensa, lo que sucedía en la Hacienda Apoquindo no era una batalla campal. Pero sí un cuadro bastante desorganizado. Y aunque la policía ya había ingresado varias veces en el predio, fue en la tercera jornada cuando aparecieron con intenciones de suspender todo. “Carabineros de Chile llegó y me quitó el permiso del festival indicándome que desde ese momento el evento era ilegal. ¿Por qué? Porque habrían encontrado una botella de vino en la carpa de un menor de diecisiete años”, dice Gómez Ainslie.

Ya con los carabineros despejando la mayor parte del sector de Piedra Rajada, muchos jóvenes comenzaron el largo camino desde las alturas de Las Condes. Algunos hacían dedo a los pocos automóviles que bajaban, otros en citronetas se apelotonaban y los resignados caminaban todo el periplo hasta el paradero donde pasaba la micro “Colón- El Llano”.

Hugo Chávez Smith: “El último día terminó todo temprano (...). Debe haber sido como a las cuatro de la tarde. O a las tres de la tarde, tal vez. Al final la gente se empezó a ir y quedaron solamente los más amigos, no los curiosos”.

De aquellos jóvenes que comenzaron a bajar luego del actuar de la policía, un grupo prefirió continuar en otra parte el festejo. ¿Qué lugar escogieron para seguir? El mismo sitio donde muchas de las reuniones se llevaban a cabo en los años 70: Parque Forestal.

“*Seguían drogándose en el Forestal: Hippies aterrizan en 1 Comisaría*”. De esa manera -y en portada- informaba *La Tercera* a la mañana siguiente del miércoles 14 (1970, p.1) sobre este grupo que continuó el festejo.

Siendo uno de los puntos clásico de encuentro, aquel martes al Parque Forestal llegó un poco más de gente de lo que se veía en las típicas juntas hippies. Días antes, una serie de noticias sobre un joven de 23 años quien había muerto en medio de un gran fumadero de marihuana (*Estrella de Valparaíso*, 2 de octubre, p.6), había traído la atención de los medios de comunicación hacia el parque. Así que, obviamente, este iba a ser el primer lugar donde la policía se pondría a buscar a los rezagados del Festival de Los Domínicos

La postal del martes en la tarde, entonces, es la que sigue: cerca de setenta jóvenes descansando; algunos tirados en el pasto; algunos durmiendo bajo los árboles o en los bancos; y otros en grupos, fumando o tomando bebidas. Eso sucedía alrededor de las cinco de la tarde. Al rato después, los carabineros del sector llegaron. Con patrullas, rodearon el sector desde las calles aledañas y todos los jóvenes fueron arrestados.

Es a partir de este incidente, cuando surge una de los comentarios tal vez menos prejuiciosos de la época sobre esta nueva juventud. ¿El autor? El mismísimo Director de Investigaciones de entonces Luis Jaspard, quien dijo a la prensa (*El Mercurio*, 14 octubre, p.3):

Una opinión como la mía podría ser calificada como retrógrada. Por otra parte veo que en los países europeos ocurren estos fenómenos con frecuencia y la policía no interviene. Yo considero que este no es un problema policial, mientras no pase a constituirse en actos delictivos, sino que se trata más bien de una situación creada por la mala orientación que dan los padres y una educación deficiente. Sería tonto intentar contener una revolución social a balazos.

Pasadas las seis de tarde del martes 13 de octubre, la Primera Comisaría cercana al Parque Forestal se encontraba llena de jóvenes. Según la prensa de la época, muchos lloraban, reclamaban e incluso gritaban ser inocentes a viva voz. Horas más tarde, llegarían sus padres para pagar las fianzas y sacarlos de ahí. De los setenta que fueron arrestados, sólo tres no fueron liberados. ¿La razón? Portaban grandes cantidades de marihuana. Resalta el hecho de que dos de ellos fueran extranjeros: uno estadounidense y el otro argentino.

Hugo Chávez Smith: “Los que bajaron al parque, eran los típicos del Forestal. O sea nadie de los de Providencia, del Coppelia y el Drugstore, iban a ir para allá. Además de que a los pobres del parque siempre terminaban presos. A esos les daban duro. Los rodeaban, por aquí y por allá, y se los llevaba la policía”.

De la prensa que surgió el martes 13 sobre el festival, poco agrega a lo ya dicho anteriormente. Se destacan las drogas, lo imitativo que son los hippies nacionales de los hippies estadounidenses y mala gestión del evento. “Leí lo que dijeron los diarios sobre Piedra Roja. Pero nosotros no le creíamos a los medios de comunicación tampoco. Porque los diarios eran ‘anti’ todo esto. Trataron muy mal a la juventud en los años 60 y 70”, dice Eduardo Gatti.

Entre las informaciones de esta jornada, lo que más destaca es un comunicado del grupo Quilapayún para desmentir su participación en el Festival de Los Domínicos (*El Clarín*, 14 octubre, p.12). En él se puede ver la apatía que tenían los conjuntos folklóricos con esta

nueva juventud. Esto porque en la nota, se asegura que la banda “nada tiene que ver con ‘movimientos Hippies’ ni nada que se les parezca” y que “de que cualquier manera se hubieran negado a participar en un evento de esta naturaleza”.

Más severos fueron los políticos. Quienes –de derecha a izquierda- se unieron para “solucionar” este “problema”. Los dos titulares sobre las acciones del poder legislativo, son bastante gráficos: “*Diputados harán volar bajo a los marihuaneros*” y “*Diputado propone pelar al cero a los mariguaneros*”. De esta manera informaban *La Tercera* y (1970, p.4) *El Mercurio* (1970, p.10) respectivamente, sobre las resoluciones que se querían tomar luego del festival. Políticos que iban desde el Partido Socialista hasta el Partido Nacional, se preocupaban sobre el estado de la juventud. El más alarmado fue el diputado de la Democracia Cristiana Luis Pareto, quien propuso, tal como se informa en la prensa, una mano férrea contra de los hippies. Su plan era establecer “fuertes sanciones para los traficantes” y pelar “al cero a cualquier jovencito que fuera descubierto consumiendo estas drogas”.

Lo cierto es que, en cuanto a drogas, no fue tan alarmante lo que sucedió en Los Domínicos. Por lo menos no como lo pintó la prensa in situ. Para algunos asistentes, era el mismo nivel que en las juntas del Parque Forestal o el Coppelia. “Nada cambió en Piedra Roja sobre eso [drogas]. Se produjo lo mismo que en cualquier otro concierto de aquellos días y se usó lo mismo que otras veces y en la misma cantidad”, cuenta Eduardo Parra (Los Jaivas).

Para otros, como Chávez Smith sí hubo bastante droga: “Andábamos todos muy volados. Yo llegué volado y me fui volado”. Luego agrega una anécdota: “Recuerdo un tipo que se tomó ocho difetam. Y eso que el difetam lo prohibieron después porque tenía LSD. Era una anfetamina fuertísima. Imagínate. Existía en tres fórmulas; la ‘cucaracha’ (la más fuerte que era como morada y negra), la ‘cuca’ (blanco con negro), y la otra era blanca que era la más liviana. Y este chico se tomó de las del medio, pero como ocho se metió, lo cual era mucho. Y tiraba espuma por la boca. Esto ocurrió un día, no recuerdo cuál, como a las 11:30 de la mañana”.

Como consecuencia de Piedra Roja, se hizo un comité entre los Ministros de Educación, Interior, Salud y Hacienda. Esto con dos fines; primero, controlar mejor las aduanas e impedir el ingreso de estupefacientes; y, segundo, resguardar las carreteras, especialmente las de San Felipe y Los Andes. Muchos jóvenes iban a aquellos sitios para traer semillas de cáñamo que luego plantaban y cultivaban en sus viviendas. Hay que recordar que en Chile, en los 70, no había cultura de drogas. Tanto la marihuana como los estupefacientes, llevaban dos o tres años en algunos círculos cerrados de amigos. O sea: no era algo más masivo, sino de nicho.

“Sucedé que, en ese tiempo, se podía hacer cualquier cosa con respecto a las drogas. Uno se fumaba un pito en frente de un paco y no pasaba nada. Te decían ‘por qué anda fumando bosta de caballo’”, comenta Chávez Smith.

La escena de padres buscando de carpa en carpa a sus hijas en Los Domínicos se repitió bastante la mañana y tarde del lunes 12. A muchos de los progenitores les había ido mal. Sus hijas huyeron de casa tempranamente, asistieron al festival y luego se fugaron para continuar la fiesta en otras partes. Sobre estos casos de las extraviadas ‘palomitas’ (el sobrenombre que se les dio), los organizadores no sabían mucho. Habían visto a los padres ir en busca de sus hijas. Pero al estar desconectados de lo que pasaba en Santiago, nunca llegaron a enterarse de los casos de jóvenes desaparecidas hasta días luego del evento. “Como no tuvimos acceso a la prensa, no pudimos –en su momento- aquilatar lo que había sucedido ni con las ‘palomitas’ ni nada. Y todos, de una manera u otra, volvimos con una sensación de frustración luego de Piedra Roja”, dice Lewin.

La nómina de desaparecidas, el miércoles 14 de octubre, llegaba a ocho. De esa cifra, sólo dos eran mayores de edad (18 y 19 años) y dentro del resto, la más joven tenía apenas doce años. Según la prensa, la policía estuvo varias horas buscándolas en el predio de Los Domínicos. Esto como obra de los alegatos que llegaban de los padres de las desaparecidas a diversas comisarías de la capital.

Hugo Chávez Smith: “Una de las personas que se arrancó, que salió en *El Mercurio* era mi polola y futura esposa: Francisca Galia. Ella iba con la María Eliana Recabarren y otra amiga y la Nancy Garrido. Salieron de sus casas y se fueron al festival. Mi suegro se volvió loco y, además, ellas estaban con un primo y tenían la idea de cruzar a Argentina. A escaparse. Entonces era una locura. Y al final llegaron a mi casa, y yo las fui a dejar”.

Las mismas ‘palomitas’ que la primera noche se hicieron destacar por su belleza, ahora hacían noticia por no llegar a sus casas. La cifra de jóvenes desaparecidas, en todo caso, seguiría en alza. Y muchos de estos casos, serían parte importante de Piedra Roja en la construcción de un mito alrededor del evento.

Un día encontré un “Clarín” viejo donde hablaban del festival de los jipis y decían que se habían perdido no sé cuántas chiquillas y habían unas fotos y yo estuve mirando bien a ver si reconocía a Juan Carlos en una, pero nada.

Enrique Lafourcade en *Palomita Blanca* (1971, p.57)

¿Dónde estabas tú?

María Angélica Ahumada salió de su casa el 10 de octubre. La joven de 15 años iba con la siguiente vestimenta: un pantalón celeste, una blusa roja de manga corta y zapatos azules. Veinte días antes, había conocido a Juan Carlos del Río, Eloy Rivadeneira y Soledad Labarca. Esos tres jóvenes se autodenominaban hippies y venían de un largo mochileo latinoamericano. Allegados a la oficina salitrera Pedro de Valdivia (cerca de donde María Angélica vivía con sus padres), los tres sujetos incluso se quedaron en casa del Juez de Letras de la localidad alojando.

El plan de la menor era irse con ellos a Santiago. Habían escuchado sobre un festival hippie que se realizaría en uno de los cerros cordilleranos y la invitaron. Eso sumado a que Eloy Rivadeneira la había conquistado, gatilló que María Angélica aceptara acompañarlos. Aunque significara abandonar abruptamente su hogar. Sin avisarle ni a su padre ni madre.

Así, el miércoles 14 de octubre (p.3), el diario *La Estrella de Valparaíso* informaba sobre la desaparición de la joven nortina. Tal vez la más emblemática de las desapariciones post-Piedra Roja, María Angélica fue el caso número 13 de todas las muchachas que se perdieron luego de Piedra Roja. Y el único de alguien de región, ya que todas las otras ‘palomitas’ eran capitalinas. Ciertamente que aquellas fugadas jóvenes, fueron uno de los aspectos que más ha trascendido del Festival de Los Domínicos. Así como también, terminaron como la principal arista a la cual los periódicos se colgaron. Por ejemplo, el mismo 14 de octubre *El Clarín* (1970, p.1) tituló de la siguiente manera: “*¡No vuelven a sus casitas! ¡8 lolas “jipies” todavía no se ponen la ropa!*”. Y, en forma de subtítulo: “*Tomaron parte activa en el festival marihuanero*”.

Ningún caso pasó a graves consecuencias y todas las menores, algunas al día siguiente y las menos una semana después, aparecieron por sus casas. “Hubo algo de mala saña por parte de los medios. Puede haber habido una cabra que desapareció y se fue con un chico por ahí. Pero de ahí a pasar a mayores.... Además nosotros éramos cabros de colegio y terminado este cuento, volvimos a clases”, cuenta Roberto Cherit.

Los casos de desaparición de estas jóvenes sería el tipo de noticia que llevaría al escritor Enrique Lafourcade a redactar la novela *Palomita Blanca* (publicada en 1971). El nombre, vendría de las informaciones sobre estas “palomitas” que se perdieron luego de la realización del festival. Y de hecho, la historia comienza en el evento. Aunque - probablemente debido a que Lafourcade nunca asistió- el epíteto que se le da al evento en las páginas es, por supuesto, Piedra Roja. Y no el Festival de Los Domínicos, que es el original.

Para Loreto Salas (asistente), lo que sucedió no está bien graficado en la novela: “[*Palomita Blanca*] mostraba cosas que tampoco eran tan así. O sea en Piedra Roja uno era de Las Condes y el otro de, no sé poh, Independencia y los dos eran amigos. No estaba esa distancia de clase que hay en *Palomita Blanca*. Había más buena onda de lo que sale en el libro”.

A la obra literaria que sería lanzada en 1971, le seguiría una adaptación filmica del entonces joven cineasta Raúl Ruíz. Para la recreación de la parte del libro que sucede en el festival, se contrató a miles de jóvenes como extras para hacer de hippies. Los Jaivas accedieron a tocar y a poner la música para la banda sonora (ya habían dejado su época de improvisación y ahora tenían canciones y álbumes). Incluso se llegó a hacer un publicitado casting para seleccionar a quien encarnaría a la protagonista de la historia (María).

Andrés Lewin: “Sí, me enteré del casting. Pero la verdad que estábamos saturados de este asunto. (...) todos teníamos un poco de frustración luego de Piedra Roja. Porque no había resultado lo que nosotros queríamos. Así que cuando vino lo de Raúl Ruíz cada uno andaba en su propio cuento y no queríamos saber más del asunto”.

Pese a que hacia el año 1973 la cinta ya estaría lista, ésta nunca llegó a las salas en esa época. Como consecuencia del golpe militar, nunca podría ser exhibida en Chile y Ruiz partiría a Francia para comenzar una carrera en Europa. Recién en 1992 llegaron algunas copias al país, las cuales se repartieron en unos pocos circuitos de cine arte.

Hugo Chávez Smith: “Tanto el libro como la película son ficción ‘errónea’, por decirlo de alguna forma. Porque, por ejemplo, he visto pedazos de la película y la ropa no corresponde. Salen vistiéndose con la moda del año 72, cuando lo que recrean era el año 70. Y es bastante la diferencia. O sea en Chile en el 70 prácticamente no había blue jeans”.

La más grave de las consecuencias, fue la denuncia que se hizo a los encargados del festival. El entonces alcalde de Las Condes Ramón Luco Fuenzalida (perteneciente a la derecha) y el regidor socialista Carlos Gana pusieron la demanda.

Esos dos personajes, el miércoles 14, dieron una conferencia de prensa en la cual inculpaban a Gómez Ainslie de 19 años -“estudiante en el liceo N°11 y domiciliado en Vitacura 5434”- como el causante de todo. Esto es lo que Luco Fuenzalida declaró en dicha ocasión: “Nosotros dimos un permiso para que se ofreciera un Festival Juvenil de la Canción en el buen entendimiento de que se realizaría un torneo de sano esparcimiento. Sin embargo lo que ocurrió en Los Domínicos fue una concentración de delincuentes llegados desde distintas comunas y que enlodaron el prestigio de que goza Las Condes”.

De todos los organizadores del evento, Gómez Ainslie fue el que más sufrió las repercusiones. Pese a que, se supone, era algo grupal en un principio. Él terminó siendo el rostro visible del festival y no su curso. “Hay mucha mitología al respecto; nadie sabe que esto fue, en parte, para ahorrar plata para un paseo de curso. O que hubo una sola familia que tuvo que correr con los gastos”, comenta Lewin. “Porque todo esto lo asumió la familia de Jorge. Nosotros no pagamos ni un veinte. Y hubo multas y todo. Piensa que había cheques en garantía por los quioscos, por los envases, por los líquidos”. Roberto Cherit agrega: “Yo no he hablado esto con Jorge, pero seguramente él no quiso involucrar a nadie más”.

Jorge Gómez Ainslie: “Mira, de mito lo que tiene es que ahora aparecen muchos que dicen haber ido. O que me he encontrado en entrevistas que hay versiones de otro ‘organizador’. Cuando el único que pidió los permisos y luego fue expulsado del colegio con cancelación

de matrícula para terminar mis estudios en Chile, fui yo. Lo que sí hubo fue muchos amigos, conocidos y compañeros (entre ellos Andrés Lewin y Roberto Cherit) que colaboraron en temas de logística, recaudar donaciones y ese tipo de cosas”.

Las pérdidas del evento se evaluaron en 1.500 escudos cifra que vendría a ser tanto de instrumentos como de carpas, sacos de dormir, los cables y lo de *Coca-Cola*. “Tuve que recuperar los materiales, cables, casetas, envases para que no se cobraran los cheques que mi madre me había prestado“, dice Gómez Ainslie. Y además del tema económico, el Festival de Los Domínicos tendría secuelas en la vida personal del principal gestor. “Fui injustamente expulsado del Liceo N°11. Tuve que rendir exámenes libres pese a tener nueve ramos eximidos y un promedio siete. Así que imagínate lo mal que estuve los días posteriores”, rememora.

A esas alturas ya era un hecho de que lo sucedido en Los Domínicos había sido superado en sus expectativas. Algo que nació como una idea para juntar dinero e irse de viaje de estudios, terminó siendo un punto de encuentro para la nueva juventud chilena que se forjaba. “Nunca pensamos que iba a tener el impacto que tuvo. Ni la cantidad de gente que llegó. Ni la cobertura de prensa. Pero lo que pasa es que el país en ese momento estaba demasiado polarizado. Y a la gente como el pelo largo, ni tan largo tampoco, les gritaban maraco en la calle”, recuerda Lewin. “Nosotros pensábamos que iban a llegar las minitas del barrio alto, de Las Condes y listo”.

Según Cherit sus expectativas eran que asistieran los jóvenes del área donde ellos se movían: “Esperábamos personas de los pocos colegios del sector. Que asistiera algo de gente y nada más”. En cuanto a la estimación final de asistencia, las cifras nunca se pudieron calcular. Pero, de todas maneras, fue bastante mayor a lo que los encargados del festival habían esperado.

Como respuesta al Festival de Los Domínicos, los días subsiguientes se hicieron varias reuniones entre otro tipo de jóvenes. Reuniones con la intención de, por decirlo de alguna

forma, “limpiar” la imagen de la juventud frente a la sociedad chilena. De esta manera se informó sobre un *jamboree* de los boy scouts realizado en el Parque Cousiño el sábado 10 y domingo 11. La nota periodística que comunicó sobre esto fue de *La Tercera*, (martes 13 1970, p.24) medio que ya venía hostigando a los hippies en su pauta. En el artículo a los boy scouts se les destaca de poner “en evidencia una vida sana” y de tener “una limpieza total”, mientras que a los hippies se les acusa de vestirse con “estrafalarias indumentarias, beber, y fumar ‘cierta hierba’, que se conoce con el nombre de marihuana”.

Uno de los datos anecdóticos que provocó el festival, se encuentra en la sección de *Cartas del lector* de *El Mercurio de Valparaíso* (16 octubre 1970, p.2). Ahí se puede ver el mensaje de un anónimo de 18 años dirigida a los hippies que se juntaron en Los Domínicos. Bajo el título “*Carta a un amigo hippie*”, al autor hace una invitación a reflexionar y dialogar: “¡Hola amigo hippie!”: ¿Cómo estás?... Espero que tan bien como yo, y que te hagas un ratito para que conversemos un minuto ¿de acuerdo?”. De la misma manera les advierte: “A veces se confunde el amor con la pasión, y se cree que están amando libremente, cuando en la realidad están siendo esclavos de la pasión”. Y finaliza con una invitación: “Amemos, pero libremente sin someternos a las drogas ni vicios personales. ¡Cuesta más, pero vale la pena!, ¿no lo crees así?”. Debido a la larga extensión, los editores del diario tuvieron que acortar el texto para su publicación. De toda la prensa de la época, es la única carta de un lector que se atrevió a opinar sobre el fenómeno hippie. Y se destaca por ser de un joven de 18 años y no un adulto o anciano los cuales eran más propensos a criticar a los jóvenes y su nueva forma de vida.

Otra de las respuestas que tuvo el Festival de Los Domínicos fue más directa: una “antítesis del Festival Hippie” es lo que se organizó en el colegio La Salle el sábado 17 de octubre. “Si bien nosotros no somos los llamados a atacar actitudes de un sector de la juventud, como los registrados en el Festival Hippie de Los Domínicos, creemos que la verdad y la justicia no pueden buscarse a través de la marihuana (...)”, fue una de las declaraciones de María Angélica Qeilán, profesora del colegio Santa Teresa, a *El Mercurio* de Santiago (domingo 18 de octubre, p.25). En la reunión hubo charlas sobre drogas, religión y la sociedad actual. Siempre haciendo el hincapié de que lo sucedido en la pre cordillera

santiaguina, no era representativo de toda la juventud chilena. Los asistentes, según la nota, fueron 330 personas entre los 15 y 24 años.

Para muchos, gracias al Festival de Los Domínicos se pudo ver el contraste entre los hippies criollos y los estadounidenses. Por eso, surgían las siguientes preguntas: ¿Se puede hablar de una cultura hippie en Chile?, ¿o está recién en ciernes? “Si te fijas en el *Woodstock* ahí había gente desnuda. Mucha gente: mujeres, niños. Y allá no les pasó nada por andar así. En cambio aquí, eran cuatro pelagatos (todos vestidos) e igual quedó la cagada. Entonces, como te digo, eran un tipo de hippie muy básico. Como que era más bien una excusa muchas veces”, dice Eduardo Gatti.

Andrés Lewin: “Nosotros éramos cabros de colegio. Y en el festival había muchos cabros de colegio como nosotros. De los que llegaron del Parque Forestal había algunos medios lumpen también. Mezclados con los patos malos. Y de hippie, la marihuana no más”.

Hugo Chávez Smith: “Andábamos buscando ser hippies, pero no sabíamos de dónde. No teníamos dónde imitar. Entonces, lo inventábamos nosotros”. Por su parte, Cherit que cree que “estaba recién, recién comenzado la onda hippie en ese tiempo”. De esta manera, lo que pasó en Las Condes fue la instancia en que se afianzó lo que antes era un nicho pequeño. Incluso varios se fueron de sus casas luego de Piedra Roja. Y otros, formaron sus propias comunidades. “Después de esto se podía hablar de un término hippie. Porque vivíamos en comunidad, estábamos en contra de la guerra. Pero eso es posterior al festival”, asevera Lewin. Para el guitarrista de Aguaturbia, Carlos Corales, los hippies “no tenían mucho por qué pelear. Incluso, más tarde, la mayoría estaban de acuerdo con el régimen que había, así que ningún drama. O sea, se seguían las mismas causas que afuera: no a la guerra, sí al amor, la ecología. Pero no había un movimiento fuerte, al cual adherirse y con preocupación por la contingencia de la sociedad”.

Claramente que Piedra Roja se haya convertido en un mito con los años, ha hecho que se olviden otros encuentros de la época. Otros encuentros de música donde, por ejemplo, gracias a una mejor gestión sí hubo aporte en el lado artístico y creativo. “Nosotros los chilenos todo lo convertimos en mito. (...) y lo que pasa con Piedra Roja, es que en la época hubo eventos mucho más relevantes. En la misma Quinta Vergara se dieron un par de recitales que fueron más importantes como ‘Los caminos que se abren’ entre otros más. Y fueron maravillosos; tanto en lo musical, como en lo humano. Por eso te digo que es muy raro esto de cómo ha crecido Piedra Roja con el tiempo. ¿Qué es lo que quedó de Piedra Roja? Nada. Fuera de las noticias, nada”, opina Gatti.

“Musicalmente no creo que haya dejado mucho”, dice Gómez Ainslie. “Pero igual recuerda que en esos años no cualquiera tenía una guitarra *Fender* o un amplificador *VOX*. Y además el empalme de la electricidad estaba a tres kilómetros del escenario en Piedra Roja, así que no se podía pedir mucho”.

Eduardo Parra (Los Jaivas): “Sí, es verdad que hubo encuentros mucho más importantes. En todo caso lo Piedra Roja fue bonito porque era a campo traviesa y en la precordillera. Algo que antes no se había realizado. Y como estaban de moda los festivales largos, en lo posible dos o tres días”.

Por eso mismo, lo ocurrido en Las Condes se tiene que ver desde el lado más social. Como un hito para los pequeños movimientos de contracultura que se formaron en Chile y que, luego del Golpe de Estado, se perdieron de vista o desaparecieron. Además fue una señal para los padres y familias, ya que las relaciones domésticas también se vieron afectadas.

Jorge Gómez Ainslie: “Creo que para la juventud creo que dejó muchos mensajes (al igual que para las autoridades de la época). Como que cuando se une gente en torno a una idea, se pueden lograr muchas cosas. Y yo creo que los mayores también se dieron cuenta que con imponer por la fuerza normas, conductas, un determinado tipo de vestimenta, no les resultaría ya tan fácil porque la juventud mundial se había revelado. Además ya existían ya

grupos buscando su conocimiento espiritual o filosófico que daba herramientas a los jóvenes con nuevas opciones. Opciones que no las obtenían en sus hogares”.

El mayor mérito del festival, fue haber sido un elemento bisagra para la juventud de la época. En especial en el sentido de salir de sus hogares y quedarse fuera de éstas por uno o dos días. Un acto de rebeldía que, anteriormente, no había pasado al nivel que sucedió con el Festival de Los Domínicos.

Hugo Chávez Smith: “Sí, fue la primera vez que la gente se quedó fuera de la casa. Porque antiguamente todos volvíamos a las casas. Eran muy pocos los que habían abandonado sus familias, muy pocos los que estaban viviendo solos. Entonces qué pasó: era la disyuntiva en las noches; o me quedo o vuelvo a mi casa...y muchos se quedaron”.

Epílogo

Una semana después de la realización del Festival de Los Domínicos, las repercusiones del evento fueron poco a poco desapareciendo de la pauta noticiosa de los diarios. Asimismo, los hippies corrieron la misma suerte mediática. Y las pocas veces que volvían a estar en los periódicos, era generalmente por problemas de drogas o desmanes. Chile, desde 1970 a 1973, se fue polarizando más y más. Y al no ser ni de una ni de otra parte, los hippies quedaron al margen de la realidad nacional.

Hugo Chávez Smith: “Uno era político, tenía ideas. Pero no en el sentido partidista. Y nos molestaba que la gente se polarizara tanto, cada vez más. Entonces, en el fondo, lo que uno estaba haciendo [al ser hippie], era evadir la realidad”.

El Festival de Los Domínicos (o “Piedra Roja”) fue el momento gracias al cual una nueva cultura juvenil chilena se manifestó y quedó al descubierto para el resto de la sociedad nacional. En ese sentido, Andrés Lewin asegura que correspondió al “primer gran encuentro de jóvenes. Pero es una cosa irrepetible, porque tiene componentes de la improvisación. De que fue un evento que surgió más de los medios de comunicación que de nosotros mismos”. Justamente los medios de comunicación habían sido los responsables de llevar el festival y sus protagonistas a los ojos de los chilenos. Pero luego, más enfocados en la polarización política del momento, aplicaron un silencio mediático. La misma cultura juvenil que -en la semana de Piedra Roja- habían desvelado y analizado tan fervorosamente, ahora no tenía cabida en la pauta noticiosa. De esta manera, los hippies quedaban relegados a un tercer plano dentro del acontecer nacional en los años venideros.

En dos ocasiones se intentó organizar algo similar al Festival de Los Domínicos. La primera se pensó con miras de hacerlo en el sur de Chile. El único medio que informó sobre esta iniciativa fue *La Tercera* el 21 de octubre (1970, p.2): “*Repetirán gracia de los*

capitalinos: Concepción será capital 'hippie' en la Navidad". En la nota, se cita solo una fuente periodística: unos supuestos "hippies penquistas" (sin nombre ni apellido) que -se infiere al leer- corresponden supuestamente a los voceros del movimiento en la ciudad sureña. Asimismo, en el artículo se critica lo realizado en Los Domínicos, donde la "paz estuvo ausente y el amor se practicó en un ambiente cargado de agresividad".

El segundo intento sucedió en febrero de 1971 en Talagante. Un grupo de hippies llegó al sector con la idea de volver a tener un *Woodstock* criollo. Algunos cargaban instrumentos y, otros, carpas y sacos. Se instalaron en medio del paisaje a disfrutar de lo que sería un nuevo festival de paz y amor. Pero, algunas horas más tarde, la policía se hizo presente en el sector. Dado que los organizadores no contaban con permiso y que todos los espectadores eran portadores de marihuana en distintas cantidades, a las pocas horas se arrestó a gran parte de los asistentes.

A su vez el festival penquista tampoco llegó a concretarse (pese a que tenía fecha tentativa: 25 de diciembre). Tanto el caso de Concepción como lo de Talagante son hoy mínimas anécdotas cuando uno revisa la prensa de los años previos a la dictadura. Ninguno de los dos hechos tendría algún nivel de repercusión en la sociedad chilena en su momento. Por lo menos de la misma manera que sí lo tuvo el Festival de Los Domínicos a comienzos de la década de los años 70.

Bibliografía

Libros:

- Edwards Bello, J. 1973. *Mitópolis*. Primera edición. Santiago de Chile. Editorial Nascimento.
- Escárate, T., 1993. *Frutos del país*. Primera edición. Santiago de Chile. INJ/Fondart.
- Escárate, T., 1999. *Canción Telepática: Rock en Chile*. Primera edición. Santiago de Chile. Ediciones LOM.
- Lafourcade, E., 1971. *Palomita Blanca*. Sin edición. Santiago de Chile. Editorial Ediciones de Lafourcade.
- Planet, G., 2004. *Se oyen los pasos*. Primera edición. Santiago de Chile. Editorial Cápsula discos.
- Ponce, D., 2008. *Prueba de sonido: Primeras historias del rock en Chile (1956-1984)*. Primera edición. Santiago de Chile. Editorial Ediciones B.
- Paz, M., 1974. *Papelucho: Mi hermano hippie*. Primera edición. Santiago de Chile. Editorial Sudamericana.
- Salas, F., 1993. *Utopía. Antología lírica del rock chileno*. Primera edición. Santiago de Chile. Bravo y Allende editores.
- Salas, F., 1998. *El grito del amor*. Segunda edición. Santiago de Chile. Ediciones LOM.
- Salas, F., 2006. *Aguaturbia: una banda de rock*. Primera edición. Santiago de Chile. Bravo y Allende editores.
- Salazar, G., y Pinto, J., 2002. *Historia contemporánea de Chile V*. Primera edición. Santiago de Chile. Editorial LOM.

- Sagredo, R., y Gazmuri, C., 2007. *Historia de la vida privada de Chile: El Chile contemporáneo (de 1925 hasta nuestros días)*. Primera edición. Santiago de Chile. Editorial Taurus-Aguilar.
- Stock, F., 2002. *Los caminos mágicos de abren (La vida mágica de Los Jaivas)*. Primera edición. Santiago de Chile. Editorial Grijalbo.
- Vial, G., 2001. *Historia de Chile (1891-1973)*. Edición revisada. Santiago de Chile. Editorial Zig-Zag.

Diarios:

- La Tercera, 1970. *Mientras tanto, en Viña los corretean*. *La Tercera*, 11 octubre, p.10.
- El Mercurio de Valparaíso, 1970. *Hippies invaden playas de viña*. *El Mercurio de Valparaíso*, 11 de octubre, p.10.
- El Mercurio de Santiago, 1970. *Inserto de Patria y Libertad*. *El Mercurio*, 4 octubre, p.19.
- La Tercera, 1970. *Festival hippie en Los Domínicos*. *La Tercera*. 11 octubre, p.10.
- El Mercurio de Santiago, 1970. *Humo de marihuana en festival hippie*. *El Mercurio*. 12 octubre, p.17.
- El Mercurio de Santiago, 1970. *Humo de marihuana en festival hippie*. *El Mercurio*. 12 octubre, p. 20.
- El Clarín, 1970. *La cosa es en Los Domínicos*. *El Clarín*, 12 octubre, p.7.
- La Tercera, 1970. *Seguían drogándose en el Forestal: Hippies aterrizan en 1 Comisaría*. *La Tercera*, 13 octubre, p.1.
- La Estrella de Valparaíso, 1970. *¡Muere joven de 23 años en orgía marihuanera!*. *La Estrella de Valparaíso*, 2 octubre, p.6.
- El Mercurio de Santiago, 1970. *Redada en el Forestal*. *El Mercurio*, 14 octubre, p.3.
- El Clarín, 1970. *Desmienten Los Quilapayún: No actuamos en festival beat*. *El Clarín*, 14 octubre, p.12.

- La Tercera, 1970. *Diputados harán volar bajo a los marihuaneros. La Tercera*, 14 octubre, p.4.
- La Estrella de Valparaíso, 1970. *Diputado propone pelar al cero a los mariguaneros. La Estrella de Vaparaíso*, 14 octubre, p.10.
- La Estrella de Valparaíso, 1970. *Desapareció otra muchacha que asistió a fiesta hippie. La Estrella de Valparaíso*, 15 octubre, p.3.
- El Clarín, 1970. “*¡No vuelven a sus casitas! ¡8 lolas “jipies” todavía no se ponen la ropa!*”. *El Clarín*, 14 octubre, p.1.
- La Tercera, 1970. *Los “siempre listos” dieron ejemplo a hippies. La Tercera*, 13 octubre, p.24.
- El Mercurio de Valparaíso, 1970. *Carta a un amigo hippie. El Mercurio de Valparaíso*, 16 octubre, p.2.
- El Mercurio de Santiago, 1970. *Antítesis del festival hippie. El Mercurio*, 18 octubre, p.25.
- La Tercera, 1970. *Repetirán gracia de los capitalinos: Concepción será capital ‘hippie’ en la Navidad. La Tercera*, 21 octubre, p.2.

Video:

- *Testigo: Piedra Roja*, 2004. VHS. Santiago de Chile. Canal Trece.
- *Historia del rock chileno: volumen 5*, 1995. VHS. Santiago de Chile. Canal La Red.

Glosario de bandas

Aguaturbia (1969-1974): Formados por Carlos Corales (guitarra), Willy Cavada (batería), Ricardo Briones (bajo) y la primera *frontwoman* en la historia del rock chileno: Denise. Aguaturbia, al poco tiempo de empezar a tocar, destacó por su alta distorsión en la guitarra y los frenéticos gritos de Denise sobre el escenario. Eso además del doble bombo en la batería y la base rítmica del bajo, los catapultó como una de las bandas más roqueras de ese tiempo. Con un repertorio basado -más que nada- en *covers* de grupos anglosajones, lanzaron dos discos mientras estuvieron activos. Con el primero causaron gran polémica al salir desnudos en la imagen del álbum y fueron portada del diario *La Segunda*. En 1970, luego de Piedra Roja, se van a Nueva York para probar suerte. Vuelven a Chile en 1972 y se separan dos años más tarde.

Los Jaivas (1963-hoy): Mítica banda de Viña del Mar que nació como un grupo casi de orquesta tocando en cenas y restaurantes. Hacia fines de los 60, Eduardo ‘Gato’ Alquinta deja la banda, se va a recorrer Latinoamérica y vuelve convertido, con pelo largo y actitud hippie. Desde ese momento la banda toma un giro en su carrera: pasan de llamarse Los High Bass a Los Jaivas. Mezclando el rock de la época con raíces latinoamericanas, logran un gran éxito y varios discos. Hacen carrera en Chile hasta 1973, fecha que con la instauración de la dictadura, los lleva a exiliarse en Francia. Pese a variadas muertes de sus integrantes originales, siguen activos hasta hoy. La formación clásica fue: Eduardo ‘Gato’ Alquinta (voz y guitarra), Eduardo Parra (órgano), Claudio Parra (piano), Gabriel Parra (batería) y Mario Mutis (bajo).

Los Ripios (¿?): No hay registros musicales y en la prensa de la época apenas se les menciona. Juan Álvarez (Lágrima Seca) es el único de los entrevistados de este trabajo que

los recuerda. Asegura que fueron una banda de existencia fugaz y que tocaban más que nada *covers* de Santana. Del resto de los entrevistados, ninguno recuerda este grupo.

Lágrima Seca (1969-1973): Breve grupo de rock en la misma línea de la banda británica Cream. Lágrima Seca basó su música, principalmente, en largos solos e improvisaciones de guitarra con una fuerte base rítmica. Desde fines de los 60 hasta el golpe militar, estuvieron formados por Rodrigo Murillo (bajista); Gabriel Echeñique (primera guitarra); Jaime Guijarro (baterista); y Juan Álvarez (segunda guitarra y voz). En los años 80, con Lágrima Seca disuelta, Álvarez formaría la legendaria agrupación metalera Pánzer.

Los Blops (1964-1973): Conformados por Eduardo Gatti (guitarra y voz), Juan Pablo Orrego (bajo), Sergio Bezar (batería), Julio Villalobos (guitarra) y Juan Contreas (flauta), Los Blops es una de las bandas más emblemáticas de ese tiempo. Estando activos, grabaron cuatro discos de los cuales uno estuvo a punto de no ser publicado por el golpe de estado. Tempranamente se fueron a vivir a una comunidad y, a diferencia de otros grupos de rock, tuvieron contacto con varios cantautores de izquierda (Víctor Jara, Patricio Manns y Ángel Parra). De sus miembros, la carrera solista de Eduardo Gatti ha sido la más reconocida.

El ‘Gordo’ Luna: Músico que se presentó en el Festival de Los Domínicos. De nombre Enrique Luna, tocaba el bajo y era más cercano a un estilo profesional de academia que al rock sicodélico de improvisación que imperaba por esos años. Luego de Piedra Roja Luna se fue de Chile, haciendo presentaciones en Europa y Estados Unidos. Muchos recuerdan su interpretación “Una blanca palidez” versión en castellano del éxito del grupo Procol Harum en Piedra Roja.

INSCRIPCIÓN DE TESINA

ESCUELA: Periodismo

REPORTAJE PERIODÍSTICO: X TESINA COMUNICACIONAL _____

TÍTULO: Piedra Roja: La historia tras el Woodstock chileno

PROFESOR GUIA: Patricio Cuevas Figueroa FIRMA _____

ALUMNO(S)

C.I.

Fono / e-mail

1.- Antonio Díaz Oliva 15.550.381-5 8-7562474, adiazo@al.udp.cl

2.-

3.-

ANTECEDENTES DEL PROYECTO

1. Introducción

Entre el 11 y 13 de octubre de 1970 se llevó a cabo Piedra Roja, la réplica chilena del festival *Woodstock* realizado en Estados Unidos. Algo extraño si tomamos en cuenta la tardanza que -por esos tiempos- había para captar y adaptar los hitos que se estaban gestando en otros lugares del mundo como en Norteamérica o Europa.

A través de un formato de crónica literaria, esta tesina recogerá los testimonios de quienes asistieron, tanto músicos como espectadores y actores sociales de la época. La importancia y elección de este particular grupo de personas, recae en que son parte del retrato de una parte naciente del Chile de entonces.

En Chile existe poca información sobre los jóvenes y en especial sobre los movimientos de contracultura que ha habido en el país. De hecho lo poco que se sabe del festival Piedra Roja tiene tanto de mito como de realidad. Por eso mismo la presente tesina pretende distinguir lo que es cierto de lo que no y, además, conocer en profundidad a sus protagonistas.

En suma, este pretende ser un trabajo de reconstrucción de un hecho histórico, pero con el enfoque de una mirada social-cultural o contra cultural de la juventud de afines de los años 60 y principios de los 70. Todo esto con el fin de recoger y plasmar el espíritu, ambiente y las ideas de una época revolucionaria, interrumpida y finalmente acallada en el contexto de una época sumamente polarizada.

2. Objetivo general y objetivos específicos

Hipótesis

Piedra Roja fue el momento gracias al cual una nueva cultura juvenil chilena se manifestó y quedó al descubierto para el resto de la sociedad nacional.

Objetivo general

Elaborar un reportaje escrito que sea un testimonio detallado sobre el festival Piedra Roja como hito de la juventud chilena de la época.

Objetivo específicos

- Hacer una cronología del encuentro.
- Indagar en las intenciones de los organizadores y las formas en que se difundió el evento y se llamó a la juventud a ser partícipe.
- Hacer una descripción de corte sociológico de la juventud chilena de a fines de los años 60 y principios de los 70, para así diferenciar la parte que haya asistido a Piedra Roja con la que no.
- Detallar el movimiento hippie en Chile, marcando sus hitos, personajes, lugares de encuentro, gustos musicales, etc.
- Contrastar lo que podríamos llamar una contracultura chilena con lo que pasaba en otras partes del mundo en cuanto a movimientos juveniles.
- Aspirar a que esta sea una investigación con méritos para conseguir difusión.
- Comparar la forma en que vivieron y que viven hoy los protagonistas de este suceso histórico con el fin de entender el pasado y presente de dichos participantes.

3. Metodología

Esta tesina tendrá un proceso de recolección de información el cual se dividirá en: búsqueda de prensa sobre el festival, lectura de la literatura que haya sobre el tema, realización de entrevistas en profundidad y, por último, una posterior etapa para escritura y corrección del texto. Por lo tanto -y tomando en cuenta el tiempo estipulado- una repartición tentativa del trabajo para esta tesina consistiría en:

- Agosto: Recolección de prensa de la época principalmente en Biblioteca Nacional de Chile y lectura de literatura que haya sobre el tema (ver cuarto ítem con bibliografía).
- Septiembre: Entrevistas.
- Octubre: Entrevistas.
- Noviembre: Proceso de escritura y corrección de tesina hasta tener una versión definitiva.
- Entrega de tesina.

4. Bibliografía tentativa

Planet, G., 2004. *Se oyen los pasos*. Primera edición. Santiago de Chile. Editorial Cápsula discos.

Salas, F., 2006. *Aguaturbia: una banda de rock*. Primera edición. Santiago de Chile. Bravo y Allende editores.

Salas, F., 1998. *El grito del amor*. Segunda edición. Santiago de Chile. Ediciones LOM.

Salas, F., 1993. *Utopía. Antología lírica del rock chileno*. Primera edición. Santiago de Chile. Bravo y Allende editores.

Escárdate, T., 1999. *Canción Telepática: Rock en Chile*. Primera edición. Santiago de Chile. Ediciones LOM.

Escárate, T., 1993. *Frutos del país*. Primera edición. Santiago de Chile. INJ/Fondart. *La primavera terrestre. Cartografía del Rock Chileno y la Nueva Canción Chilena*. Primera edición. Santiago de Chile. Ediciones Cuarto Propio.

Stock, F., 2002. *Los caminos mágicos de abren (La vida mágica de Los Jaivas)*. Primera edición. Santiago de Chile. Editorial Grijalbo.

Vial, G., 2001. *Historia de Chile (1891-1973)*. Edición revisada. Santiago de Chile. Editorial Zig-Zag.

Sagredo, R., y Gazmuri, C., 2007. *Historia de la vida privada de Chile: El Chile contemporáneo (de 1925 hasta nuestros días)*. Primera edición. Santiago de Chile. Editorial Taurus- Aguilar.